

PAG. 1 - (TITOLO) ASCENSO POR EL CANTICO DE LAS CRIATURAS

PAG. 2 - CANTICO IN ORIGINALE (VOLGARE) SENZA TRADUZIONE

PAG.3 - CANTICO TRADOTTO IN SPAGNOLO

Altísimo y omnipotente buen Señor,
tuyas son las alabanzas,
la gloria y el honor y toda bendición.
A ti solo, Altísimo, corresponden
y ningún hombre es digno de pronunciar tu nombre.
Alabado seas, mi Señor,
con todas tus criaturas,
especialmente el Señor hermano sol,
por el cual nos das el día y nos alumbras.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.
Alabado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento
y el aire y el cielo, nublado y sereno y por toda estación,
por la cual a tus criaturas das sustento.
Alabado seas, mi Señor, por la hermana agua,
que es muy util y humilde y preciosa y casta.
Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego,
por el cual alumbras la noche,
y es bello y alegre y vigoroso y fuerte.
Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la madre tierra,
que nos sustenta y gobierna
y produce distintos frutos con coloridas flores y hierbas.
Alabado seas, mi Señor,
por los que perdonan por tu amor,
y sufren enfermedad y tribulacion;
bienaventurados los que las sufran en paz,
porque por ti, Altísimo, coronados serán.
Alabado seas, mi Señor,
por nuestra hermana la muerte corporal,
de la cual ningún hombre vivo puede escapar.
¡Ay de aquellos que mueran
en pecado mortal!
Bienaventurados a los que encontrará
en tu santísima voluntad
porque la muerte segunda no les hará mal.
Alabad y bendecid a mi Señor
y dadle gracias y servidle con gran humildad.

PAG. 4 - INDICE

Capítulo 1

Acenso por el Cántico de las Criaturas

Capítulo 2

Altísimo Todopoderoso Buen Señor

Capítulo 3

Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas

Capítulo 4

Hermanos animales

Capítulo 5

El momento crucial en el ascenso

Capítulo 6

Hermano envejecimiento

Capítulo 7

Hermana enfermedad

Capítulo 8

Nuestra hermana muerte

Capítulo 9

¡Alaben y den gracias!

PAG. 5

Apéndice

1. El sermón recurrente de San Francisco

2. El engaño del evolucionismo

3. Francisco: ¿Hermano universal? (El malentendido del pacifismo de San Francisco)

4. Los pecados mortales

5. “¿Por qué a nosotros?” El enigma del mal en el mundo

Este libro

Referencias

PAG. 8

Llamarlo, como hacen algunos, "Cántico del Hermano Sol", es demasiado limitante.

"Hermano Sol" - o mejor dicho: señor Hermano Sol es sólo la primera de las criaturas y razón por la cual Francisco alaba -e invita a todos a alabar- a Dios.

Pero si lo pensamos bien, incluso el título más recurrente, "Cántico de las criaturas", puede hacernos malinterpretar el verdadero propósito por el cual Francisco lo compuso: no para alabar a las criaturas por sí mismas, sino para alabar al Altísimo y omnipotente buen Señor que las creó; a quién, y solo a quién, le corresponden las laudes, la gloria y el honor y toda bendición.

Con este cántico Francisco no sólo estalla en una alabanza total a Dios, una alabanza llena de fervor, de reverencia, de asombro y de gratitud, sino que también pretende invitarnos a alabar a Dios junto con él: Alaben y bendigan a mi Señor y denle gracias y sírvanle con gran humildad.

PAG. 9

El Cántico de San Francisco es mucho más que esa composición poética devota, amorosa y ligeramente empalagosa, reproducida — casi siempre parcialmente— en cerámicas y tablillas colgantes en tiendas de artículos religiosos. Hay mucho más que descubrir y aprender tras y dentro de la aparente simplicidad de esta revolucionaria alabanza cósmica.

Pero, para descubrir y disfrutar las maravillas del Cántico de las Criaturas, es necesario ponerse en el lugar de un escalador, que tiene por delante una montaña muy difícil, cómo es tan escarpada e impenetrable.

Es tentador bajar al valle, a un entorno mucho más confortable: prados, arroyos, flores ...

Pero si decidimos emprender la subida, una vez que lleguemos a la cima se abrirá ante nuestros ojos un panorama inesperado y nuestros esfuerzos se verán ampliamente recompensados.

Porque, si captamos y comprendemos el verdadero mensaje del Cántico de San Francisco, nunca dejaremos de disfrutar de sus múltiples beneficios. ¿Cuáles son? Por ejemplo, encontraremos una salida a nuestros numerosos miedos: empezando por la "madre de todos los miedos", la muerte, degradada y redefinida por San Francisco como "nuestra hermana, la muerte corporal".

Entonces, el Cántico nos ayuda a recuperar una actitud de contentamiento y agradecimiento por las muchas cosas hermosas que desde ahora nos rodean y por las cosas aún más hermosas que les esperan en la vida futura a quienes aman a Dios. De hecho, está escrito: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para quienes lo aman» *1.

La sabiduría popular dicta: «Al corazón contento, el Cielo le ayuda». Y la Palabra de Dios lo confirma: "Para un corazón feliz siempre es una celebración"**2

PAG. 10

El descontento y la insatisfacción están más generalizados que nunca entre la gente: por un lado, la publicidad tentadora y cada vez más intrusiva que ofrece el mundo comercial nos lleva a sentirnos perpetuamente insatisfechos con las muchas cosas que podríamos tener y hacer, pero que nos faltan y no podemos lograr. Por otro lado, sobre todo en los regímenes democráticos, las críticas de los partidos de oposición a sus gobiernos radicalizan un clima perenne de descontento popular.

Pero con San Francisco podemos aprender los efectos beneficiosos que tiene en nuestra vida una actitud humilde de agradecimiento por todo, y cuánto es cosa buena y justa, nuestro deber y fuente de salvación el agradecimiento y la alabanza a Dios: Alaben y bendigan a mi Señor y denle gracias.

Pero es hora de que comencemos el ascenso hacia el Cántico ...

PAG. 12-13

En la escuela nos hacían estudiar el Cántico de las criaturas como el primer texto poético de la literatura italiana. Pero no nos decían -Demasiadas cosas no nos contaron en la escuela- que en ese Cántico está el secreto de la verdadera felicidad, terrena y eterna.

Altísimo Todopoderoso Buen Señor: Palabras que aún hoy nos resultan comprensibles, aunque fueron escritas por San Francisco hace ocho siglos (según la tradición, el Cántico se remonta a dos años antes de la muerte del Santo, acaecida en 1226).

Si nos repitiéramos estas palabras y las hiciéramos nuestras cada mañana, antes de iniciar nuestra rutina diaria, afrontaríamos el día de una manera completamente diferente, sintiéndonos bajo la mirada de un Dios “bueno” (Buen Señor) que desde el El más alto de los cielos (altissimu) Él ve a todos y todo.

Está escrito: “El trono del Señor está en el cielo. Sus ojos están abiertos al mundo, su mirada escudriña a cada hombre...”³

Él nos ve y nos sigue con amor, y sabe todo de nosotros, nuestros sueños y nuestras necesidades, nuestros miedos y dificultades, nuestras imposibilidades ...

Él es nuestro Creador y Padre. Él quiere nuestro bien, nuestra salvación. “Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”.⁴

Y tal Dios es “omnipotente”. Este Padre Todopoderoso puede hacerlo todo: en el cielo, en la tierra y en el mar, en lo profundo de la tierra y del mar, e incluso en lo profundo del corazón humano.

Él no tiene dificultad en solucionar cualquier problema que nos aflija, del tipo que sea: financiero, emocional, de salud ... Sólo espera que le confiemos todo, nuestras ocupaciones y preocupaciones, esa necesidad de amor insatisfecha, esa enfermedad preocupante que apareció de repente...

Entonces, ¿por qué y de qué estamos tan preocupados, si podemos recurrir a un Señor tan benévolo y omnipotente?

Hoy en día, la depresión reina suprema en las mentes y los corazones de tantos, a veces llevándolos a actos extremos. Mirando a nuestro alrededor —y a nuestro interior, si tenemos el valor— hay motivos de sobra para estar deprimidos. Pero la fe gozosa y triunfante de Francisco nos lleva en la dirección opuesta.

La Sagrada Escritura nos asegura: ““El gozo del Señor es vuestra fuerza”⁵

Y San Francisco en su Cántico nos contagia su júbilo irreprimible: Alaben y bendigan a mi Señor y denle gracias.

PAG. 16-17-18

Criaturas: por lo tanto, «creación». En esta primera y más completa de las nueve laudes que componen el Cántico, la palabra «criaturas» merece un énfasis inmediato. Por lo tanto, hablamos de «Creacion» y no de «naturaleza».

De una “creación”, querida y realizada por un Dios “Padre todopoderoso, creador y Señor del cielo y de la tierra”, como decimos cada domingo cuando “recitamos” (quizás un poco distraídamente) el “Credo”.

Hoy muchos, habiendo abandonado la esperanza de llegar a una verdad absoluta y normativa para todos, y en la confusión de la identificación del Dios verdadero en el Dios de la revelación judeo-cristiana, se dirigen como último recurso al mundo de la *naturaleza*.

Escuchamos expresiones como: veo a Dios en el árbol, en la brizna de hierba... ¡en mi gatito!

Se trata de una forma de “panteísmo naturalista” según el cual Dios no es un Dios “personal” (caracterizado por su propia “personalidad”, a cuya imagen, según la irreemplazable revelación de los primeros capítulos del Génesis, fuimos creados).

No, según esta visión panteísta distorsionada, Dios lo sería todo, y no se podría decir nada más de él. Los humanos, sintiéndose más solos y perdidos que nunca, tienden a refugiarse y a encontrarse con sus semejantes en la naturaleza, buscando superar las diferencias religiosas e ideológicas en un esfuerzo común por preservar la Tierra del impacto devastador de la industria y el consumismo.

Pues la *naturaleza* se convierte en el denominador común de una improbable hermandad universal, al estilo "todos hermanos". Con el riesgo de que, en lugar de rastrear en la creación los signos de las *perfecciones invisibles*, del *eterno poder y divinidad* del Creador, terminamos con el *adorar y servir a las criaturas en lugar del Creador, quien es bendito por los siglos**6.

Por eso nuestro Occidente secularizado y deschristianizado prefiere hablar de "naturaleza" en lugar de "creación"... ¡Hay una diferencia abismal entre las palabras "naturaleza" y "creación"!

¡Qué triste y engañosa visión de la vida para quienes buscan refugio y consuelo en la naturaleza, especialmente cuando su concepción idílica debe enfrentarse a la dura realidad de, por ejemplo, un desastre "natural", o una enfermedad incurable.

Y muchos se engañan a sí mismos pensando que encontrarán un consuelo fugaz en algún famoso lugar de montaña. Sin embargo luego, una vez de vuelta al valle, son los mismos que antes y, de hecho, la vida cotidiana normal les parece más aburrida e insoportable que antes ...

Esa excursión arrancada de la alienante rutina citadina, muchas veces sólo consigue hacernos abrir bien los ojos ante un bello panorama, y llenar nuestros pulmones con el fragante aire de la montaña, mientras que finalmente podría permitirnos elevar nuestra alma a laCreador, paseando por el bosque bajo su mirada benévolas en armonía con su creación (en el libro del Génesis está escrito que en el Edén también el Señor "*paseaba por el jardín con la brisa del día*"*7.)

El Cántico de San Francisco no es un himno a la naturaleza al estilo oriental. Es, más bien, una contemplación extática y agradecida de la "creación", de las cosas bellas y buenas que Dios ha creado para nosotros, de las que brota la alabanza: la forma más elevada en que el hombre puede dirigirse a Dios (en el cielo, los bienaventurados pasarán la eternidad alabando a Dios, ¡tantas son sus maravillas!).

Por supuesto, han sucedido demasiadas cosas desde la época de San Francisco que nos impiden experimentar la admiración infantil de Francisco ante la Creación. Nuestra época contemporánea comenzó con la Revolución Francesa, que entronizó una estatua desnuda de la «Diosa de la Razón» en la Catedral de Notre Dame de París, dedicada a María, «Nuestra Señora».

Y a nuestros jóvenes, en la escuela, todavía se les alimenta con la absurda teoría darwiniana de la evolución, hacia la cual la Iglesia ha sido demasiado complaciente (ver Apéndice: El engaño de la evolución).

Pero a pesar de todo esto, el Cántico sigue siendo una provocación ineludible. Aceptemos, pues, el reto.

Dos palabras de la primera *laude* - Además de "criaturas" - merecen una cuidadosa consideración por las consideraciones que revelan. Estas palabras son: "con" y "todas".

Con

Alabado seas, ..., con todas tus criaturas. Pero ¿qué significa ese "con"?

Si bien por un lado, es como si la alabanza dirigida a Dios se extendiera a toda su gloriosa corte de criaturas celestiales y terrenales, por otro lado, tras esa simple preposición "con" se esconde algo más profundo y sorprendente, que podemos comprender mejor leyendo, por ejemplo, los famosos sermones que San Francisco dirigió a los pájaros.

Pronunció varios de estos singulares sermones. De hecho, se acusó de no haberlos pensado antes *7: porque los pájaros realmente lo escuchaban. A veces en marcado contraste con la gente que, como sucedió en Roma, no lo escuchaba.

En Venecia, mientras cruzaba los pantanos con otro fraile, Francisco encontró una gran multitud de pájaros, posados en las ramas y cantando. Al verlos, le dijo a su compañero: «Los hermanos pájaros alaban a su Creador; por lo tanto, vayamos entre ellos para recitar juntos las alabanzas del Señor y las horas canónicas». Caminaron entre ellos y los pájaros no se movieron. Entonces, como debido al gran parloteo, no podían oírse mientras recitaban las horas, el Santo se volvió hacia los pájaros y les dijo: «Hermanos pájaros, dejen de cantar hasta que terminemos de recitar las alabanzas prescritas». Inmediatamente los pájaros guardaron silencio y permanecieron callados hasta que, tras recitar las horas con tranquilidad y concluir debidamente las alabanzas, el Santo les dio permiso para cantar. En cuanto el hombre de Dios les dio permiso, reanudaron el canto, según su costumbre. *8

Como si Francisco hubiera unido su alabanza a la que elevan a Dios sus propias criaturas, los pájaros: junto con ellos, al unísono con ellos: "con"...

Ciertamente, en el Cántico el motivo de la alabanza al Señor se expresa siete veces con la preposición "para". *Para hermana Luna y las estrellas, para hermano viento ... etc.*; pero detrás y dentro de eso *para* hay mucho más ...

Pero ¿es realmente cierto que los pájaros alababan al Creador? ¿No es esta quizás una visión romántica, casi ingenua, de Francisco?

Según la Biblia, la Palabra de Dios a la que San Francisco se refería constantemente en su predicación y sus acciones, entre las diversas criaturas y su Creador existe más de lo que podemos imaginar, enjaulados como estamos en nuestro cientificismo ateo.

Pero las Sagradas Escrituras revelan este "algo más" a personas sencillas, como Francisco.

Por ejemplo, está escrito que Dios "*Él provee de alimento al ganado, a las crías del cuervo que claman a él*". *9; y que los leoncillos "*rugen por la presa y piden a Dios su comida*". Y dirigiéndose a Dios, el salmista escribe: "*Los ojos de todos miran hacia ti en la espera, y tú provees su alimento a su debido tiempo. Abres tu mano y sacias el hambre de todo ser viviente*" y exclama: «*El Señor es bueno con todos y su compasión se extiende a todas las criaturas*». *11

Pero ¿qué ha pasado con esta percepción de cuánto se preocupa Dios por sus criaturas, todas sus criaturas, incluidos los ocho mil millones de seres humanos que pueblan la Tierra, incluidos tú y yo?

Pero algo aún más sorprendente se esconde en eso "*con todas tus criaturas*": La Biblia revela que no sólo los animales, sino también las cosas que llamamos "inanimadas" se comunican con Dios. Está escrito, por ejemplo: "*Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos*". *12. "*Alérgense los cielos, gócese la tierra, ruja el mar y todo lo que hay en él*.", leemos en el libro de los Salmos; "*Alérgense los campos y todo lo que hay en ellos; regocíjense los árboles del bosque delante del Señor que está llegando...*" *13.

Y más: "*Que los ríos batan palmas, que las montañas se regocijen juntas*". *14.

Por supuesto, también se necesita un poco de imaginación para captar la narrativa de la gloria de Dios que hacen los cielos, tal vez en una puesta de sol espectacular; o para "sentir" la exultación de un campo verde lleno de flores, en el despertar primaveral de la vegetación *15

Pero esto es lo que "está escrito", y esta era la fe de San Francisco. Una fe que, para nosotros, condicionados por el materialismo imperante (y también por muchas interpretaciones "teológicas" distorsionadas de la Biblia), puede parecer un poco infantil: pero ¿no dijo el Señor? "Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entrareis en el reino de los cielos." *16

Todas las criaturas

Pero ¿cuántas criaturas hay? En su Cántico, San Francisco alaba a ocho "criaturas" del mundo natural: el Señor Hermano Sol; la Hermana Luna; las estrellas; el Hermano Viento; el cielo (*nublado y despejado*); Hermana agua; hermano fuego; nuestra hermana madre tierra. Luego pero alaba al Señor por *aquellos* que perdonan; y también -algo inaudito, sobre lo que nos detendremos más adelante- por *nuestra hermana muerte corporal*(!).

Pero ¿cuántas criaturas ha creado Dios en su infinita sabiduría? Son tantas. Muchísimas. Es vertiginoso. En lo que respecta al reino vegetal, el Santo se refiere únicamente a "Varias frutas, flores de colores y hierbas": pero hay al menos 300.000 especies de plantas. Y menos mal que Francisco no menciona el mundo animal (¡sin ofender a los animalistas!). Porque no estamos hablando de miles de especies, sino de millones de especies diferentes (¡¿8 millones?!). Luego están los minerales, alrededor de 2000 tipos.

Y si miramos al cielo y tratamos de contar las estrellas... "*Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas*". Dios le dijo a Abraham, asegurándole, ya viejo y sin descendencia: "*¡Así será tu descendencia!*" *17

Cuenta las estrellas: ¡Fácil de decir! ¿Diez mil billones de billones? ¿Pero quién sabe? "Nosotros contemplamos sólo algunas de sus obras", está escrito *18

Y los astrofísicos plantean la hipótesis de que sólo conocemos el 5 por ciento del universo (pero ¿cómo pueden decir eso?).

Nos perdemos, mirando al cielo: asombrados, maravillados, pero también consternados. Pero entonces, ¿quién soy yo, con todos mis planes y sueños, las cosas que me gustan, las que me dan pena ... cuánto valgo yo, criatura efímera, que aparece y desaparece en el escenario de este mundo, entre innumerables otras criaturas, rocas, plantas, animales, estrellas ... Un ser humano entre tantos otros (ocho mil millones!) de mi propia especie: y pensar que me siento importante, único, «original» ...

¿A qué puedo aferrarme para no sucumbir a la sensación de ser una criatura insignificante en el vasto océano de la creación? A la Palabra de Dios, la Biblia, las Sagradas Escrituras de nuestra fe católica. Esas Escrituras divinamente inspiradas, a las que San Francisco siempre se adhirió y en las que modeló su vida y sus enseñanzas.

La "Palabra de Dios" autenticada por la "Palabra viva", Cristo resucitado: que en el Evangelio remite a menudo a las Sagradas Escrituras de la Antigua Alianza, citando por ejemplo el Libro del Génesis, desde sus primeros capítulos, donde se narra la creación del mundo y de la primera pareja humana.

"Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó." *19 (Lo recordé predicando en una manifestación del orgullo gay ...).

"Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla; y señoread en los peces del mar, en las aves del cielo y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra." *20.

Aquí, en las ocho primeras "laudes" del Cántico, Francisco se expresa un poco como pudo haberse sentido Adán en el maravilloso Jardín del Edén: todo lo que le rodeaba (incluida Eva) había sido hecho para él, para que lo cuidara y lo disfrutara.

Así debió sentirse Francisco después de dejar todo por amor a Dios (y a la Iglesia, y a los pobres): dueño de toda la creación, del sol, de la luna, de las estrellas, de la tierra... "como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo" *21.

Qué reductivo y engañoso es llamarlo el "pobre de Asís", una expresión tan patética y engañoso. ¿Era pobre? Pero se sentía el hombre más rico del mundo, un heraldo del Gran Rey, encargado de la mayor tarea que el Señor Jesús jamás había encomendado a nadie: ¡Ve a reparar mi Iglesia, que, como ves, está en ruinas! ¡Pobre de Asís!

Pero los verdaderos pobres somos nosotros, que no hemos entendido nada de San Francisco, ni quizás del Evangelio ...

Pero volvamos al recuento de las criaturas que Dios ha creado. No solo hay criaturas visibles, sino también invisibles, como está escrito: "a través de Él (de Cristo) todas las cosas fueron creadas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, las visibles y las invisibles." *22.

Las invisibles. Por ejemplo, los ángeles. Pero ¿cuántos ángeles hay? Pues bien, a Pilato, quien creía tener en sus manos el destino del gran Rey del universo, Jesús le dijo: ¿Acaso piensas que no puedo orar a mi Padre, quien me daría inmediatamente más de doce legiones de ángeles? *23

Doce legiones, es decir, 12.000 ángeles: solo una pequeña parte de las huestes angelicales que pueblan los cielos. En la visión que el profeta Daniel tuvo del gran Juez del mundo, leemos que "mil miles (de ángeles) lo servían (y estamos en un millón) y Diez mil mirádas lo asistían (si "myriad" representa diez mil, son 100 millones) *24

En realidad, estas cifras solo dan una idea de cuán poblado está el cielo con estas criaturas de Dios celestiales, angelicales y benéficas. En resumen, hay innumerables ángeles. Desafortunadamente, también hay una gran multitud de ángeles rebeldes, los demonios, que hacen lo peor, en la vida de cada hombre y en la historia de la humanidad, para llevar a las almas a la perdición eterna.

Pero confiémonos a la protección de nuestro ángel custodio, recemos nuevamente a él, para que nos ilumine y nos proteja ...

PAG. 28

"Entonces, muchachos: San Francisco es lo de los animales..." Ante una clase de estudiantes algo distraídos y bastante indisciplinados acampados en la plaza frente a la Basílica Inferior de San Francisco en Asís, escuché a una maestra forcejear torpemente con la figura titánica de San Francisco, presentándolo a su clase como "lo de los animales".

Pero ¿cómo?: un genio como el Santo de Asís, que nunca podría ser definido lo suficiente con toda una serie de atributos mucho más dignos y adecuados (me aventuraría: un apasionado amante de Dios y de la Iglesia, de los pobres y de la pobreza; un cantautor bufón; un poeta sublime; un sorprendente intérprete y realizador del Evangelio y de toda la Biblia; un intrépido pero humilde provocador de los poderosos y de los eclesiásticos; un excelente liturgista, etc.) degradado a: "lo de los animales"?

Pero entonces, y a propósito: ¿no es San Antonio Abad el santo patrón y protector de los animales? ¿Y por qué no dejamos de minimizar la verdadera naturaleza (y grandeza) de uno de los santos más queridos y venerados del mundo, reduciéndolo a: ambientalista, pacifista, animalista, justamente ... según el pensamiento y las normas culturales de nuestro tiempo?

Siempre en la plaza de la Basílica de San Francisco, otra vez me encontré con una señora con un caniche a la correa, que me dijo excitada: ¡*Amo tanto a San Francisco!* Impresionado por tan enviable devoción, me permití preguntarle: *Oh sí, ¿por qué?* La respuesta: *Porque San Francisco amaba tanto a los animales ...*

Seamos claros: las Fuentes Franciscanas relatan toda una serie de episodios encantadores que demuestran la ternura del santo hacia los animales; sería demasiado largo enumerarlos todos. Sin embargo existe el riesgo de que, al sobreexaltar su empatía por el mundo animal, perdamos de vista que el cuidado y la obra constantes de Francisco no se dirigían tanto a los animales, sino a las almas, nuestras almas: para salvarlas del infierno y conducirlas al amor de Dios, a la salvación y la felicidad eternas ...

PAG. 30

Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor, y sufren enfermedades y tribulaciones; bienaventurados los que las sufran en paz, porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Aquí llegamos a un punto crucial del Cántico. Aquí empiezan los problemas ... A todos nos gusta un poco la primera parte del Cántico: Hermano Sol (o mejor dicho: *señor hermano sol*); hermana luna ... nuestra hermana madre tierra, con *flores de colores y hierba*. A todos nos fascina esta explosión de alabanza de San Francisco, quien, con la mirada atónita de un niño, abre bien los ojos al ver lo que le rodea y exclama: «¡Qué bello! ¡Qué hermoso el sol! ¡Radiante con gran esplendor; hermosas las estrellas, claras y preciosas; Hermoso, el fuego, alegre y robusto y fuerte ...

Pero ahora la contemplación extática de San Francisco, habiendo llegado a “*nuestra madre tierra*”, (la sexta “laude” del cántico), tiene una especie de sacudida.

Es cierto que la tierra, la “madre tierra”, es generosa con cosas buenas y bellas —frutos, flores y plantas de todo tipo— con las que nos sustenta; pero es igualmente cierto que está ensangrentada por luchas fratricidas y conflictos que siempre resurgen.

Hablando de “los que perdonan”, *Francisco* implica que todavía hay personas que dañan a los demás. Luego están las enfermedades, siempre acechando, tanto individual como colectivamente. Sin mencionar los desastres naturales, las catástrofes humanitarias, las guerras y las tribulaciones de todo tipo.

Y entonces, tarde o temprano (mejor tarde que temprano), al final de nuestra vida terrena, el encuentro con esa hermana tan indeseada (así es: “sor”, hermana: hermana muerte corporal) de la cual *ningún hombre viviente puede escapar*.

Es como si, en nuestro ascenso por el Cántico de las Criaturas, llegando a un punto donde ya no es posible avanzar, para continuar, debemos adentrarnos en una cueva que se abre inesperadamente ante nosotros. No es nada acogedora: oscura, húmeda, con paredes viscosas. Pero al final, vislumbramos una luz.

Sí, en este punto entramos en la parte más preciosa del Cántico, que nos permite no sólo descubrir lo que verdaderamente creyó y predicó san Francisco, sino sobre todo redescubrir la esencia misma de nuestra fe católica, de la que Francisco sigue siendo uno de los testigos más auténticos, más convincentes y —yo diría— más "brillantes".

Es como si ahora se hubiera activado una trampa ingeniosamente ideada por Francisco, una "trampa" deliberada y magistralmente *poética* (Sí, porque a veces la poesía hace más penetrantes las verdades de la fe). Sin darnos cuenta, esta maravillosa letra nos lleva a considerar *otras* realidades ciertamente menos placenteras que el sol, la luna y las estrellas, pero aun así inevitables. El daño que debemos soportar a causa de los demás, las enfermedades, las diversas dificultades de la vida ...: aquí nos adentramos en el "bosque oscuro" de algo que decididamente nos disgusta, y se llama "sufrimiento".

Pero para entender nuestra relucencia a discutir cuestiones relacionadas con el sufrimiento, debemos tener presente la mentalidad dominante en el mundo actual, que se llama "hedonismo": el placer, entendido y experimentado como el objetivo último de nuestra vida.

Por supuesto, el hombre siempre ha intentado evitar el sufrimiento y buscar el bien y el bienestar. Pero está escrito que, en particular, "en los últimos tiempos" - Y aquí estamos - "Los hombres estarán ... más apegados a los placeres que a Dios" *25.

Búsqueda desenfrenada del placer a toda costa, en un crescendo que se describe en las profecías de Marcello Ezechiele Ciai de la siguiente manera: "¡Los hombres están en un estado de locura! Persiguen a sus repugnantes ídolos; cuanto más disfrutan, más insatisfechos se sienten; cuanto más comen, más hambre tienen; cuanto más beben, más sed tienen; cuanto más hacen el amor, más deseán; cuanto más duermen, más somnolientos se vuelven. Esta es precisamente la trampa de la maldad. Entre sus ídolos están sus heridos. Y todo es desolación; hasta la naturaleza, las plantas, los animales de los campos, los pájaros, los peces, todo perece: ¡y el espectáculo apenas comienza! *25

La búsqueda del placer a toda costa está en auge, incluso en esa forma más sutil y, por lo tanto, peligrosa de querer gustar y complacer a los demás. Y, al mismo tiempo, la capacidad de soportar el sufrimiento disminuye, especialmente entre los jóvenes, en un clima cultural donde las fronteras entre lo real y lo virtual, entre la realidad y la ficción, se difuminan cada vez más, y muchos, entre vivir y ver vivir a otros, eligen la segunda opción, aparentemente más cómoda, hundiéndose cada vez más en ella.

Pero tratemos de seguir el desarrollo del razonamiento de San Francisco, encaminado a conciliar la contemplación irénica de las bellezas de la creación con las múltiples tribulaciones y dolencias de nuestra existencia terrena.

Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor, y sufren enfermedades y tribulaciones; bienaventurados los que las sufran en paz, porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Soportar en paz: es fácil decirlo, pero no es fácil vivirlo, si consideramos la triste realidad de las enfermedades que todos enfrentamos tarde o temprano, o los acontecimientos dolorosos de nuestra historia personal y de la historia del mundo. Soportar todo esto en paz: ¿no es una utopía, una quimera hermosa pero inalcanzable? ¿Cómo podemos soportar "en paz" a una persona que parece hacer todo lo posible por amargarnos la vida? Sí, por supuesto. Jesús nos enseñó: *ama a tu enemigo*. ¡Fácil de decir!

¿Y cómo vivir en paz con una enfermedad que está devastando progresivamente nuestro cuerpo? No podemos hacerlo. A menos que ...

Y aquí San Francisco viene hacia nosotros con la que en definitiva es la expresión clave de todo el Cántico: "**por tu amor**". Por el amor de Dios. Sí, cuando el amor de Dios irrumpie en nuestros corazones, nos ayuda a superar las cosas menos agradables de nuestra vida, como las enfermedades o el daño que sufrimos a causa de los otros. Cuando tenemos la revelación del amor inmensurable que Dios tiene por cada uno de nosotros, por miserables y desdichados que seamos, entonces perdonar a la persona insopportable que está a nuestro lado, miserable y desdichada como nosotros, se vuelve fácil, espontáneo, casi natural ... *Perdóna nuestras deudas, como también nosotros* ... Y es aquí que la paz vuelve a nosotros. Lo experimentamos cada vez que, por la gracia de Dios, logramos perdonar...

Pero en esta parte del Cántico, además de esa preciosa vía de escape contenida en las palabras "*por tu amor*", encontramos otro poderoso estímulo para sufrir en paz: la enorme, inimaginable, maravillosa recompensa que nos espera, en el más allá, a quienes sufren en paz, y serán recompensados por el Altísimo con una corona de gloria eterna.

Por supuesto, si eliminamos de nuestro horizonte *la vida del mundo venidero*, las cosas no encajan, los números no cuadran en esta vida terrenal nuestra. Y ni siquiera entenderemos, por ejemplo, ese “*Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios*”. *27 que Jesús siempre dijo ...

En las Sagradas Escrituras encontramos muchas otras razones e incentivos para soportar con paz las adversidades de nuestra vida. Pero mientras tanto el Cántico de San Francisco nos ofrece dos sólidos apoyos para seguir adelante: el amor de Dios, de donde está escrito que “nada nos separará”*28; y la anticipación de la recompensa final.

Así es como podemos estar preparados para resistir el impacto de la “*tríada desafortunada: hermana muerte, hermano envejecimiento, hermana enfermedad*” de la cual debemos hablar. Pero procedamos paso a paso.

Francisco dedica un laude entero, el octavo, a la «hermana muerte». Mientras tanto, en el séptimo laude (a quienes perdonan... y soportan), es como si Francisco estuviera abriendo camino para una posible aceptación y bienvenida no solo de las diversas enfermedades y tribulaciones de la vida, sino incluso de la muerte misma.

Nos ocuparemos de “*hermana muerte*” después de haber hablado, en los dos capítulos siguientes, de “*hermano envejecimiento*” y de “*hermana enfermedad*”, que a menudo allanan el camino para “*hermana muerte*”: una asociación desagradable, que sin embargo puede transfigurarse a la luz de la perspectiva revolucionaria de San Francisco sobre cómo relacionarse con estos compañeros de viaje incómodos e intrusivos

PAG. 36

En el Cántico no se habla precisamente de vejez ni de envejecimiento, pero “el hermano envejecimiento” sigue siendo una realidad de nuestra vida terrena. Una realidad que puede considerarse de dos maneras.

La mayoría de la gente lo ve de forma negativa: “¡Qué horrible es la vejez!”, dice alguien, angustiado por alguna dolencia propia de la edad. Así pues, para muchos la vejez es una de esas “tribulaciones” que hay que soportar en paz, de las que habla San Francisco en su Cántico. Pero el envejecimiento también trae consigo muchos aspectos positivos que conviene valorar y destacar.

Ante todo, llegar a cierta edad ya es una gracia, una gracia que no se concede a todos. Muchas personas, en situaciones de guerra o desastres naturales, o en accidentes laborales o de tráfico, o por enfermedad, mueren prematuramente. Cuando me entero de estos sucesos, tras superar mi reacción inicial de consternación y compasión, me refugio en la esperanza de que esas víctimas murieron preparadas para encontrarse con Jesús, el justo juez de todos, para ese «juicio particular» —es decir, el de cada uno de nosotros individualmente— que nos espera tras nuestra muerte, y del que dependerá nuestro destino eterno.

En resumen, espero que hayan muerto en la gracia de Dios. “*Según los santísimos deseos*” de Dios, para usar las palabras del Cántico: escapar de la segunda muerte (el infierno) y disfrutar de la dicha eterna y celestial.

Cuando hablamos de guerras por ejemplo (y Jesús, en su discurso sobre el fin de los tiempos, dijo “*Oiréis de guerras y rumores de guerras*” *28.1), creo que el mayor daño que los conflictos causan a muchos es que interrumpen y acortan violentamente el curso normal de sus vidas, con las posibilidades que hubieran podido tener de convertirse a Dios y así salvarse. Por esta razón, San Francisco en sus sermones (véase el apéndice) exhortó con vehemencia: «Haced penitencia, producid frutos dignos de penitencia; recordad que moriremos pronto” (palabras demasiado duras para que muchas personas las escuchen hoy en día ...)

La vejez: ¿el fin de los “días felices”? *28.2

¿Pero quién dice que los “días felices” son aquellos y sólo los de la juventud?

Al reflexionar sobre mi vida —si se me permite incluir algunas reflexiones autobiográficas en esta “ascensión”—, no recuerdo mi juventud como particularmente “feliz”.

No porque viviera en un entorno familiar y social problemático. Todo lo contrario. Sino porque, tímido e introvertido por naturaleza, no tuve a nadie a mi alrededor que pudiera decirme la verdad sobre mi vida, la de mis compañeros y el mundo que me rodeaba...

Por ejemplo, no recuerdo haber recibido nunca una clase de educación sexual durante mi carrera escolar. En aquel entonces, lo que llamábamos "chistes verdes" era relevante, o las actuaciones que contaban y de las que alardeaban compañeros mayores. Pero, sobre todo, no recuerdo que nadie me hablara nunca de cómo estamos hechos los seres humanos.

En la clase de ciencias, también estudiamos las distintas categorías de gusanos (aún los recuerdo: platelmintos, nematehelmintos, anélidos...). Pero el hecho de que estemos compuestos de cuerpo y alma, un cuerpo destinado tarde o temprano a morir, una alma inmortal: bueno, nadie me habló de eso. Ni siquiera en la clase de catecismo antes de recibir los sacramentos.

Una "doctrina" que no impactó nuestras vidas, sino que fue más bien aburrida y vaga, generando más dudas que certezas. Luego, a medida que estudiamos y crecimos, nuestros conocimientos y experiencias se ampliaron, y descubrimos que existían otras religiones e ideologías en el mundo, otros estilos de vida, diferentes a los que habíamos experimentado en nuestros entornos. Y que los amigos que ocasionalmente venían a visitarnos, o incluso nuestros vecinos, eran de otra "fe", o quizás no creían en absoluto. Buena gente, en cualquier caso. Pero entonces, ¿quién tenía razón: nosotros o ellos? Al crecer en un mundo cada vez menos permeado por el cristianismo y cada vez más "secular", uno seguía instintivamente, sin crítica alguna, sus tendencias y valores (o "desvalores"): sin saber que "el mundo" es, en el sentido predominante en que lo describe la Palabra de Dios, esencialmente "impuro", porque es esclavo del pecado y rebelde a un Dios que lo creó por amor, y en su amor incommensurable llegó hasta el extremo de sacrificar a su Hijo...

Luego, los grandes problemas existenciales. La muerte. Un compañero de clase pierde a uno de sus padres. Una dolorosa revelación me asalta: tarde o temprano, mis padres también morirán. Recuerdo llorar al pensarlo. En la cama, por la noche. En secreto. Como si la resurrección de Cristo no hubiera ocurrido, desgarrando el velo que cubre el más allá...

No puedo decir que tuve una adolescencia y una juventud infelices. Sería una ingratitud escandalosa por todas las cosas buenas que Dios me ha dado y que mis padres, con todo su conocimiento y capacidad, se esforzaron por darme. Pero ni siquiera puedo decir que aquellos fueron los "días felices" de mi vida.

Mis "días felices" comenzaron más bien cuando, recién matriculado en la universidad, llegué a la certeza de Cristo resucitado, camino, verdad y vida.

No es que haya alcanzado un estado de felicidad sin ser consciente de mis propias miserias y de los demás. Esto no es lo que Cristo ofrece a quienes quieren seguirlo. Pero sí a quienes ahora me preguntan "¿cómo estás?" en lugar de responder con la respuesta convencional "Bien, gracias ¿y tú?", yo digo que estoy "cada vez mejor". Porque cada día que pasa me libero y me siento más libre, por la gracia de Dios, de las negatividades de mi vida, y gusto "*Qué bueno es el Señor*" *28.3; y estoy un día más cerca de la meta, que es el encuentro con el "*Resucitado*". He hecho más estas palabras de un salmo de la Biblia, que me repito - y Le repito - a menudo: "*Pero yo estoy siempre contigo: me has tomado de la mano derecha. Me guiarás con tu consejo y luego me recibirás en tu gloria.*" *28.4

Instrucciones de uso para un buen envejecimiento.

Está escrito que nuestro Señor, en su vida terrenal, fue probado en todo, como nosotros, excepto en el pecado. Pero Jesús no conoció la vejez: ofreció su vida en sacrificio al Padre, por todos nosotros, en la flor de su vida (creo que alrededor de los cuarenta). Sin embargo, ya en su subida al Calvario arrastrando el peso de su bendito cuerpo, azotado hasta sangrar y golpeado por la soldadesca romana, hay una doble lección para quienes, llegada a cierta edad, sienten su propio cuerpo como una pesada carga que soportar. Ante todo, no absoluticemos nuestras dolencias, encerrándonos en nosotros mismos. Si bien es normal y más que correcto que, cuando estamos enfermos, busquemos sanación e invoquemos la ayuda de quienes nos rodean, siempre hay otros a nuestro alrededor que también necesitan nuestra preocupación, una palabra. En el doloroso camino al Calvario, Jesús no dejó de dirigirse a las mujeres que lo seguían, golpeándose el pecho y lamentándose por él: "*Dirigiéndose a las mujeres, dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos...»*" *29

Además, confiemos siempre en la ayuda de Dios, que está más cerca de nosotros de lo que pensamos, y que en el momento oportuno pone a nuestro lado a alguien que nos ayuda cuando ya no podemos más: "*Mientras lo llevaban, prendieron a un tal Simón de Cirene, "Él venía del campo y le pusieron la cruz para que la llevara detrás de Jesús"*" *30.

Y si nuestro temor es el de ser una carga para los demás, superémoslo con la humildad de quien se siente necesitado de ayuda y no se avergüenza de pedirla; confiado en la recompensa y bendición que tendrán de Arriba a quienes nos cuidan con amor.

Pero si de la vida de Jesús sólo podemos sacar indirectamente enseñanzas sobre nuestro tema, por otro lado es en la vida de los santos donde encontramos muchos ejemplos luminosos de cómo envejecer "santamente" (y por lo tanto serenamente).

A partir de San Pablo, en cuya epistolaria, rica y divinamente inspirada (buena parte del Nuevo Testamento está formada por sus "Cartas"), podemos ver cómo el Apóstol vivió el paso de los años.

En una carta escrita durante su primera detención en Roma, en el año 61-62 d.C., Pablo se define a sí mismo "viejo" *31. Debía de tener unos sesenta años, golpeado por los sufrimientos y las penurias del apostolado *32.

Habían pasado unos treinta años desde que había presenciado la lapidación de Esteban, y ver cómo este santo diácono moría perdonando a quienes lo apedreaban, ciertamente había comenzado a resquebrajar la granítica fe farisaica de Saulo, que era entonces "*un joven*" *33.

No mucho tiempo después, en el camino de Damasco, se encontró con Jesús para seguirlo incondicionalmente. Es sobre todo en una carta escrita a los creyentes de Corinto donde san Pablo se permite algunas afirmaciones autobiográficas. Recién salido de una grave prueba, que casi le hizo creer que estaba cerca de la muerte, y en todo caso profundamente afectado físicamente, escribió: "... *No nos desanimemos; aunque este nuestro hombre exterior (hablando así de su cuerpo) se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. De hecho, la momentánea y ligera carga de nuestra aflicción, produce una eterna y grande cantidad de gloria.*" *34.

Y más: "*Porque sabemos que si la tienda terrenal que es nuestra morada, es destruida, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Pues, en verdad, en esta morada gemimos, anhelando ser vestidos con nuestra habitación celestial.*" *35.

La vida futura, la anticipación de lo que encontraría en el más allá iluminaba el más acá de Pablo. Estaba seguro de que allá habría encontrado a Cristo, de quien habría recibido la recompensa por todas las tribulaciones que había experimentado por su amor, y que verdaderamente habían sido muchas.

En su última carta dirigida a su discípulo Timoteo, Pablo escribió: "*En cuanto a mí, mi sangre está a punto de ser derramada como libación, y ha llegado el momento de zarpar. He peleado la buena batalla, he terminado la carrera, he mantenido la fe. Ahora me espera la corona de justicia, que el Señor, el Juez justo, me otorgará en ese Día; y no solo a mí, sino también a todos los que anhelan su venida.*" *36.

Poco después, fué decapitado. Esperaba una "*corona de justicia*". Pero esta "*corona de justicia*", esta "*cantidad inmensurable y eterna de gloria*", en resumen, la dicha celestial no es prerrogativa de unos pocos privilegiados, sino de todos aquellos que, según las palabras del Cántico, perdonan al prójimo y soportan serenamente las enfermedades y las tribulaciones de esta vida, mientras esperan el regreso de Cristo, o en todo caso se preparan para reunirse con Él después de la muerte.

De nuevo, la palabra clave es "**amor**". Si de algún modo vibra en nosotros ese amor, que en el fondo brota de reconocer cuánto nos ha amado y nos ama Cristo, entonces podemos decir con razón junto con el Apóstol: "*Para mí, vivir es Cristo y morir es una ganancia*" *37, y elevar su himno de victoria sobre todo y todos: "*¿Quién nos separará del amor de Cristo? Estoy convencido de que ni la muerte ni la vida... ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, en Cristo Jesús, nuestro Señor.*" *38.

Y entonces sí, veremos y experimentaremos nuestro envejecimiento, y la misma aproximación de la muerte, de un modo totalmente diferente; y siguiendo los pasos de San Francisco, incluso llegaremos a decir: *Alabado seas, mi Señor, por nuestro hermano envejecimiento ...*

El diagnóstico

El médico intenta disimular su preocupación, al igual que los familiares más informados. Pero por sus expresiones, es fácil ver que el diagnóstico deja pocas esperanzas; un resultado que el médico finalmente nos informa con toda la discreción y minimización posibles. Sí, es cáncer: en las diversas formas que la ciencia médica nos presenta. En cualquier caso, es una enfermedad grave. Muy grave. En el peor de los casos, puede ser mortal...

Nos asalta un torbellino de pensamientos y consideraciones. Sí, nos decimos (o nos dicen): la medicina ha avanzado tanto hoy que ya no es como antes... La cirugía, si llegáramos a ese punto, ha alcanzado tal nivel de sofisticación que... ¡hace milagros!

Este es precisamente el punto: nuestros pensamientos se dirigen a los pobres y limitados recursos de la ciencia humana, pero no a Dios. Sin embargo, en la misa de cada domingo, repetimos en el *Creo*: *Creo en Dios Padre todopoderoso...* Pero no se nos ocurre recurrir a ese gran ... Decano celestial de Medicina, que verdaderamente hace milagros!

¡Qué gran diferencia en cómo San Francisco se enfrentaba en la realidad de su salud! Hacia el final de su vida, *"Un amigo médico fue a visitarlo. El santo le preguntó sobre su enfermedad: ¿Qué opina, hermano Juan, de esta hidropesía mía?"*. El médico respondió: *"Hermano, con la ayuda de Dios se recuperará"*. No tuvo el valor de decirle que pronto moriría. Pero Francisco insistió: *"Dime la verdad, ¿qué prevés? No temas, porque, por la gracia de Dios, no soy un cobarde que teme a la muerte. Por la misericordia y la bondad del Señor, estoy tan íntimamente unido a Él que soy tan feliz en la muerte como en la vida"*.

Entonces el médico le dijo con franqueza: *"Padre, según nuestra ciencia, su enfermedad es incurable y morirá entre finales de septiembre y principios de octubre"*. Francisco, que yacía enfermo en cama, poseído por una ardiente devoción y reverencia hacia el Señor, extendió los brazos y con las manos abiertas exclamó con gran alegría interna y externa: *"¡Bienvenida mi hermana Muerte!"**38.1

El otro diagnóstico

Pero muchos se ven obligados a afrontar otro diagnóstico verdaderamente desalentador: el de su fe. Se dan cuenta de que no tienen fe, o tal vez su fe es mental, teológica, pero no práctica, y por lo tanto falsa.

A la luz de los hechos, la opción más viable parece ser buscar la opinión de un oncólogo de renombre y solicitar el ingreso en un centro de salud de primera categoría. Pero nos damos cuenta de que, en el fondo, no somos verdaderamente esos "cristianos" que han depositado toda su fe y su vida en Cristo resucitado (y, sin embargo, aún estamos a tiempo de convertirnos!).

A los primeros cristianos se les llamaba «aquellos que no temen morir». Está escrito: *"Esta es la promesa que Él (Jesús) nos hizo: la vida eterna"* *39

En un momento en que muchos discípulos se alejaban de seguir a Jesús, el Señor se dirigió a los doce discípulos y les preguntó: *"¿Quizás vosotros también quieréis ir?"* Y Pedro, aferrándose a su Maestro, respondió inmediatamente: *"Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna"*. *40 *"Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna. Amén... Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero. Amén"*.

Esto decimos en misa. Decimos.

¿Por qué yo?

Cuando una enfermedad grave altera de repente nuestra vida, nuestros planes, nuestras relaciones, nuestra primera reacción es decir: *"¿Por qué yo?"*

¿Por qué yo? Alguien que cree saberlo todo se atreve a decir - La miseria ama la compañía -que la proliferación de tumores dependa de las ondas electromagnéticas de los teléfonos móviles o de una campaña de vacunación sin sentido... Pero esto es poco consuelo.

Es cierto que el sufrimiento en sus diversas formas es una triste realidad que todos —y me refiero a todos— compartimos en este mundo. Pero, en general, el sufrimiento ajeno, aunque lo veamos y nos solidaricemos con él, sigue siendo ajeno. Hasta que ese infame mal irrumpre en nuestras vidas...

Ciertos males oscurecen nuestras vidas, pero también iluminan la realidad de nuestra relación con Dios. Revelan si ponemos nuestra vida —y nuestra muerte— en manos de Dios, o si nuestro único apoyo reside en recursos humanos, propios o ajenos: quizás en algún famoso especialista...

Pocos, ante la realidad del sufrimiento, el mal y la muerte que azotan el mundo, tienen el coraje y la sabiduría de preguntar de dónde vienen estos "intrusos" que dominan la historia de individuos y pueblos. Pocos se preguntan "*¿por qué nosotros?*" (Abordaremos esto en el apéndice). Pero casi todos, cuando nos afecta personalmente, tenemos una reacción inicial de protesta: "*¿Por qué yo?*".

La lección de Job

En las Sagradas Escrituras, el libro de Job es esclarecedor en cuanto a la enfermedad. El Señor le había quitado todo, absolutamente todo, al desdichado Job: posesiones, hijos, amigos, salud... Y Job protestó: *¿Por qué yo?* Nadie podía culparlo por traer este castigo desde arriba. Y las supuestas explicaciones de sus amigos, que se apresuraron a consolarlo, solo lo empeoraron, porque ni siquiera ellos, con toda su buena voluntad, pudieron dar una respuesta convincente a su pregunta: "*¿Por qué yo?*".

Hasta que Dios mismo entra en escena: "*El Señor le respondió a Job en medio de la tormenta*" *41.

Pero la respuesta de Dios no procede de un argumento "lógico" o, si se quiere, "teológico". A Job, quien proclama su inocencia y maldice el día de su nacimiento; a Job, quien simplemente no lo soporta más, Dios simplemente le dice: "*¿Dónde estabas cuando yo fundaba la tierra? ¡Dime, si tienes tanto entendimiento!...*" *42.

Entonces Dios guía a Job a considerar las obras de su creación. Por ejemplo... ¡el hipopótamo! "*He aquí, su fuerza está en sus lomos, y su fuerza en su vientre. Su cola se yergue como un cedro, los tendones de sus muslos están firmemente entrelazados, sus vértebras son tubos de bronce, sus huesos como barras de hierro. Él es la primera obra de Dios; su Creador lo ha provisto de defensa... Bajo los lotos se acuesta, en los juncos espesos del pantano. Los lotos silvestres le dan sombra, los sauces del arroyo lo rodean. He aquí, el río crece, pero él no tiembla...*" *43.

Y Job finalmente comprende. Comprende que no puede, no debe, comprender, porque está tratando con Dios y con sus insondables intervenciones en la vida del hombre: "*He aquí, yo soy insignificante: ¿qué puedo responderte? Me tapo la boca con la mano. He hablado una vez, pero no responderé; he hablado dos veces, pero no continuaré...*" *44.

Las dos marchas triunfales

Hay enfermedades objetivamente difíciles de curar, que a menudo conducen a la muerte tarde o temprano. Progresan imparable, devastando nuestros cuerpos, en una *aparente, maligna marcha triunfal*. Avanzan inexorablemente.

Estaba rezando frente a la tumba de San Francisco, en Asís, cuando un hombre se me acercó pidiéndome que rezara por él, tenía una enfermedad grave, a la que se refería como "el maldito". Entendí que era un tumor maligno.

La ciencia médica puede hacer poco con ciertos tipos de enfermedades, y esa poca ayuda a menudo compromete otras funciones de nuestro cuerpo. La medicina, sin duda, limita considerablemente el dolor; pero, por desgracia, a veces, en la etapa final —y más dolorosa— de la enfermedad, los llamados "cuidados paliativos" (que rayan en la eutanasia) nos roban la claridad al acercarnos a la etapa final de nuestras vidas: que, en definitiva, es la más importante, porque nuestro destino eterno en el futuro dependerá de cómo salgamos de esta vida terrenal en la *otra vida, la vida del mundo venidero**45.

Es en estos momentos difíciles de nuestra vida que las palabras de Jesús resuenan con más fuerza y consuelo que nunca. Comenzando con la maravillosa promesa que dio a sus seguidores antes de dejarlos y ascender al cielo: "*He aquí que yo estoy con vosotros todos los días – dijo - hasta el fin del mundo*" (Mateo 28:20) Todos los días. Cada día. Incluso el día que dejamos esta tierra y este cuerpo nuestro ... Pero la

Palabra de Dios también nos da una importante receta que debemos seguir cuando estamos gravemente enfermos.

Vamos a leerla: "Si alguien está enfermo, que llame a los ancianos de la iglesia y que oren por él, ungíéndolo con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Por lo tanto, confiénsese sus pecados unos a otros y oren unos por otros para que sean sanados. La oración ferviente del justo puede mucho."*48.

Cuando alguien me pide que ore por la sanación de una enfermedad, ya sea para sí mismo o para un ser querido, siempre le pregunto si ha puesto en práctica lo que Dios dice en su Palabra sobre los enfermos. En concreto, si ha llamado al párroco local o a algún otro sacerdote para pedir la unción prescrita para los enfermos.

Es la primera forma de empezar la **marcha triunfal de la fe**.

La fe es un hecho muy personal, que cada uno vive a su manera («tu fe te ha salvado», decía a menudo Jesús a las personas que se dirigían a él y a las que había curado*49).

Podemos peregrinar a este o aquel santuario, donde nuestra pequeña fe puede ser alentada y crecer en una especie de sinergia espiritual con la fe de los demás. Y podemos, de hecho, debemos, recurrir a quienes en la Iglesia tienen el don de la sanación: sí, porque para nuestro bien, el Señor también nos ha concedido este don del Espíritu Santo. *50

"Pero - Jesús profetizó, hablando de sí mismo como el Hijo del Hombre - cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?"*51: como si dijera: encontrará muy poco. E incluso entre los suyos...

Está escrito que Jesús "Él andaba... enseñando en sus sinagogas, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo.... Y le trajeron todos los enfermos, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, los epilépticos y los paralíticos; y los sanó!"*52.

Pero esa explosión de curaciones otorgada a todos fue una señal de la omnipotencia divina de Jesús, un preludio y un antílope del Reino de los Cielos que él proclamaba, en el que ya no habría enfermedad ni muerte. En última instancia, quienes sanaran milagrosamente de esta o aquella enfermedad no quedarían libres de otras enfermedades, y tarde o temprano también morirían.

El mismo Lázaro, a pesar de su asombrosa resurrección por Jesús, volvería a encontrarse con la muerte (el evangelista Juan, tras relatar el episodio, señala que "Los principales sacerdotes planearon matar a Lázaro, porque muchos judíos creían en Jesús por causa de él.") *53.

Si el Señor Jesús en su primera venida derramó tantas sanidades en su segunda venida, a su regreso, erradicará la enfermedad y la muerte para siempre, como lo promete el libro del Apocalipsis: "Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron."*54.

Lo importante es poder ser admitido en ese Reino eterno y bendito...

Para muchos, quizás afectados por una grave enfermedad, el horizonte se estrecha, no piensan en nada más que en cómo y cuándo escapar de esa desgraciada condición: la muy comprensible voluntad y deseo de curarse degenera entonces en una especie de humanamente comprensible "obstinación" de querer curarse de todos modos, a cualquier precio.

Un querido amigo médico, creyente y concienzudo, me contaba que un paciente suyo le había dicho: «Doctor, hágame vivir más tiempo...» y él, señalando el crucifijo colgado en el consultorio, le había respondido con franqueza: «Eso se lo tiene que pedir a Él ...».

Aquí, San Francisco nos recuerda que lo importante no es tanto curarse de la enfermedad, sino soportarla en paz, para ser recompensados, en el más allá, con una corona eterna de gloria: "Bienaventurados los que lo soportan en paz, porque por ti, Altísimo, serán coronados".

Jesús dijo "¿Quién de ustedes, por ansioso que esté, puede añadir una hora al curso de su vida ? "55; y: "Todo estaba escrito en tu libro; mis días estaban determinados, cuando aún no existía ninguno de ellos."*56.

Aquí, si por la voluntad insonable de Dios, siempre encaminada a nuestra salvación y felicidad eterna, a pesar de los pasos de fe que hayamos dado y los tratamientos que hayamos emprendido nuestra enfermedad no se cura, sino que avanza, entonces nos espera otro paso de fe, o más bien un salto de fe: creer que Dios ha preparado esa enfermedad, en sus planes insonables para llamarnos a sí, interrumpiendo nuestro camino terrenal para introducirnos en Su presencia.

Pero aquí entra en juego "nuestra hermana muerte corporal".

Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar.

La octava de las nueve laudes nos desafía verdaderamente. Aquí tropezamos de verdad. Porque en esta laude —la más absurda y audaz de todas— Francisco llega al extremo de alabar al Señor incluso por la muerte, llamándola «hermana» («sora»).

Me dije: solo un loco podría confraternizar con la muerte, hasta el punto de llamarla "sora" (hermana). La muerte. La gran "sin nombre", la madre de todos los miedos. Sin embargo, Francisco la incluye entre las razones por las que debemos alabar al Señor... Solo un loco. A menos que... Y entonces surge la duda de si Francisco tiene razón sobre cómo debemos relacionarnos con estos parientes tan indeseados con los que siempre debemos coexistir: empezando por la "hermana muerte", pero también la hermana enfermedad, el hermano envejecimiento...

Quizás el propio Francisco tenía razón, y nosotros somos los necios.

Tan inmersos en el materialismo inmanente y hedonista de nuestro tiempo. Tan alejados de esos fundamentos de nuestra fe cristiana, que son —y siguen siendo— las «últimas cosas», como la Iglesia siempre las ha definido: muerte y juicio, infierno o Paraíso.

Los últimos e inevitables acontecimientos de nuestra existencia.

«Últimas noticias». Latest news. "Breaking news"....

Empezando por la hermana muerte, de la que no podemos ni podremos escapar jamás. Una realidad amarga pero comprobada, esta...

Nadie puede escapar de ella. Para muchos, la vida es una carrera contra el tiempo: una carrera perdida, porque el tiempo se nos escapa inexorablemente, y con él, nuestro potencial físico y mental disminuye. Y con él, nuestras perspectivas y esperanzas. Lo sabemos.

Sin embargo, consciente o inconscientemente, todos intentamos evitar este pensamiento.

Quien cree en Cristo resucitado y en la vida eterna, y espera verdaderamente la *"resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero"* (Aún * 45), incluso en medio de las tribulaciones de la vida humana común a todos y de las tribulaciones específicas que el cristiano está llamado a soportar *57, ciertamente pasa sus días en un servicio de amor rendido a Dios, a los hermanos en la fe y a todo el prójimo, pero siempre en la perspectiva y en la expectativa de que la *"bendita esperanza"* del encuentro con Jesús, ya sea cuando Él vuelva para todos, o cuando cada uno de nosotros se presente individualmente ante Él y esté con Él en el cielo después de nuestra muerte, aunque en el momento de nuestra muerte seremos encontrados habiendo hecho y estando haciendo sus *santísimas voluntades*.

En este sentido, el cristiano es un "asistente", según una definición muy completa de lo que significa verdaderamente ser cristiano, que se encuentra en una carta del apóstol Pablo a la Iglesia de Tesalónica: *"Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de entre los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera."**58.

La vida del cristiano, por tanto, no es una carrera contra el tiempo, porque, en última instancia, el paso del tiempo favorece a quienes creen en Cristo y esperan su regreso; un regreso que, aunque establecido en los planes insondables de Dios, se acerca cada vez más. Las Escrituras nos

dicen que, como cristianos, estamos llamados no solo a esperar, sino también a «apresurar la venida del día de Dios» (esto es lo que escribe San Pedro en una de sus Cartas, *58.1).

En esta ferviente espera está el deseo de que las promesas mesiánicas finalmente se cumplan para quienes aman a Dios y le sirven amando al prójimo.

“¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!” ...Cuando comparezcamos ante Jesús, el justo juez *60, sabremos dónde pasaremos la eternidad: ojalá en las inimaginables bienaventuranzas del Paraíso *61, pero existe también la terrible perspectiva - para los incrédulos - de los indescriptibles sufrimientos eternos del Infierno; pensando en cuyos sufrimientos Francisco en su Cántico hace una digresión obligada, interrumpiendo el hilo de las alabanzas con una severa advertencia: *“¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!”* (para “pecados mortales”, véase el apéndice).

Durante mucho tiempo, también debido a mi origen protestante, me costó asimilar el Rosario, una antigua tradición en la Iglesia, cuya importancia y eficacia han sido confirmadas repetidamente por la enseñanza de la Iglesia, por acontecimientos históricos y por la propia Madre celestial durante varias apariciones. Lo que me reconcilió con el Rosario, que me parecía demasiado repetitivo y monótono, fue lo que San Gregorio Magno enseña sobre la humildad: si vemos que necesitamos dar un paso de humildad, recémoslo diez veces; quizás una de ellas lo habremos hecho bien (cito de memoria).

Así que concluí que por cada diez Avemarías que rezamos, esperemos que hayamos rezado bien al menos una.

Pero luego, otro aspecto me llevó a valorar el Rosario: al menos 150 veces en él recordamos algo en lo que no nos gusta para nada pensar, es decir, que tarde o temprano - y obviamente esperando que ese "después" suceda lo más tarde posible - *también* para nosotros vendrá...*la hora de la muerte* que, paradójicamente, es la hora más importante de nuestras vidas.

En sus sermones, San Francisco decía a todos, con su sencillez desarmante: ¡Recordad que moriremos pronto! (ver Apéndice).

Incluso a los grandes de la tierra, a quienes se dirigía con profunda deferencia, les recordaba: *Consideren y vean que el día de la muerte se acerca. Por eso les ruego con toda la reverencia de que soy capaz que, a pesar de las preocupaciones y afanes de este mundo que tienen, no olviden al Señor ni se desvien de sus mandamientos, pues todos los que olvidan al Señor y se apartan de sus mandamientos son malditos y serán olvidados por él. Y cuando llegue el día de la muerte, todo lo que creían poseer les será arrebatado. Y cuanto más sabios y poderosos hayan sido en este mundo, mayores tormentos sufrirán en el infierno.*(!) *62.

El día de nuestra muerte es un momento que asociamos instintivamente con el sufrimiento, y con un sufrimiento extremo. Ante todo, es físico, biológico. Un poco como la hora de nuestro nacimiento, cuando tuvimos que atravesar un pasaje muy estrecho, lo cual fue doloroso para nuestra madre; y nosotros también, al salir de la comodidad de su vientre, comenzamos a gritar...

Nuestro ser se rebela contra la idea de la muerte, y con razón, porque no fuimos creados para morir. Está escrito que Dios...*Él creó todo para la existencia; las criaturas del*

*mundo son sanas, no hay en ellas veneno mortal, ni el inframundo reina en la tierra".*62.1.*

La norma de la vida en el mundo es la vida, vivir. Dios creó todo para la existencia, como leemos en el primer capítulo del libro del Génesis.

Desde entonces, la vida ha brotado, imparable, como una cascada.

Fuimos diseñados para la vida, y esta conciencia está inscrita en nuestro ADN, en lo más profundo de nuestro ser, por eso la muerte nos parece absurda.

Pero desde lo más profundo de nuestra conciencia surge otra voz, irreprimible, la de nuestra conciencia, que nos recuerda y nos reprocha nuestros pecados, con todas sus consecuencias, ante un Dios que es ciertamente Padre omnípotente, creador del cielo y de la tierra, pero también juez de todo; y esto añade una misteriosa inquietud a medida que se acerca la muerte.

Sentimos y percibimos que morir está relacionado con el pecado. No solo con el pecado cometido por nuestros antepasados, como revela Génesis 62.2.

Pero también lo que cada uno de nosotros perpetuamos ampliamente, siguiendo el ejemplo del pecado de nuestros antepasados. Así como presentimos que tendremos que comparecer ante el tribunal divino, a pesar del vano escudo de nuestro escepticismo y científicismo.

Claro que, si ignoramos los primeros capítulos del Génesis, nuestros delirios se hacen más llevaderos. Pero: ¡Cristo ha resucitado! ¡Realmente ha resucitado! Y sus palabras son ciertas; por ejemplo, dijo: "No os maravilléis de esto, porque vendrá hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron el bien, saldrán a resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a resurrección de condenación." *63.

Es en esos momentos dramáticos, cuando nuestra muerte se nos presenta ya no como una realidad futurista, sino como algo inevitablemente cercano, que podemos descubrir o redescubrir en la Palabra de Dios las verdades últimas y fundamentales de nuestra existencia, de nuestra vida y nuestra muerte, verdades que nunca habíamos considerado. Por ejemplo, que la muerte es simplemente una separación temporal del alma del cuerpo (sí, pero ¿cuántos viven sin siquiera darse cuenta de que tienen alma...?). Una separación temporal, porque cuando Cristo regrese, en la resurrección, las almas de los difuntos volverán a revestirse de un cuerpo con el que, según las palabras del Resucitado, "*Irán a la vida eterna o, si no, al castigo eterno.*" *64.

Bienaventurados aquellos que tienen la gracia de vivir conscientemente los últimos días de su camino terreno, mejor aún si cuentan con la asistencia de un sacerdote a su lado (una ayuda preciosa, negada con demasiada ligereza a los enfermos por la reciente pandemia).

Y bienaventurado el que muere sosteniendo una cruz cerca del pecho, haciendo suya la súplica del «buen ladrón» crucificado junto a Jesús: «¡Acuérdate de mí!» *65 (al fin y al cabo, todos somos ladrones...)

Y repitiendo con fe, esperanza y amor las últimas palabras pronunciadas por Jesús al exhalar su último aliento: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*" *66.

Al final de su cántico, superadas las estrecheces de la hermana muerte y las diversas tribulaciones que afligen a la humanidad, Francisco eleva más que antes su alabanza y extiende a todos la invitación a alabar a Dios: *Alaben y bendigan a mi Señor y denle gracias y sírvanle con gran humildad. Amén.*

La exhortación a dar gracias a Dios nos interpela a cada uno de nosotros. La Palabra de Dios afirma que el primer paso en el alejamiento del hombre de Dios reside en el hecho de que “*Y aun conociendo a Dios, no le dieron gloria ni le dieron gracias como a Dios, pero se envanecieron en sus razonamientos, y sus insensatos corazones se oscurecieron.*” *67.

Alabar y dar gracias. Ambas están íntimamente relacionadas, y en las exhortaciones de Francisco, el alegre bufón y heraldo del Señor, esta invitación se repite con frecuencia.

Así comenzaba el sermón que, según dijo a sus seguidores, podía dar a todo el mundo: *Temed y honrad, alabad y bendecid, dad gracias y adorad al Señor Dios Todopoderoso en Trinidad y Unidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas.* (véase el apéndice).

Pero el elogio es más que un simple agradecimiento. Tomemos un ejemplo sencillo. Un amigo acude en nuestra ayuda, sacándonos de una situación complicada en la que nos hemos metido. No solo decimos "gracias". Sino que añadimos algo más a ese "gracias", tal vez diciendo: *¡Eres un verdadero amigo!* En resumen, lo elogiamos, lo alabamos.

En relación a Dios, los motivos para alabar y bendecirlo no surgen sólo de sus muchos beneficios en nuestro favor, en primer lugar el de habernos dado a su Divino Hijo, sino que provienen también de la contemplación fascinada y de la realización de lo que Él es en Sí mismo, en Su inmensa gloria. *"Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias para tu inmensa gloria, Señor Dios, Rey del cielo, Dios Padre todopoderoso"*, decimos en el "Gloria", máxima expresión de alabanza de la Misa, en la que Francisco parece haberse inspirado en su recurrente sermón.

Siguiendo los pasos de San Francisco, alabemos al Señor. Y comencemos dándole gracias.

Nos puede ayudar saber que el Cántico, este himno de alabanza e invitación a alabar a Dios, fue originalmente musicalizado. Sí, el Cántico de las Criaturas fue compuesto originalmente con acompañamiento musical, el cual, sin embargo, se ha perdido. Un canto, entonces. Qué, como la mayoría de las canciones de todos los tiempos, proviene del amor. Una canción de amor.

Para una persona enamorada, las palabras por sí solas no bastan para expresar su amor. Y entonces, se ponen a cantar. El Cántico de las Criaturas es, ante todo, un canto de amor dirigido al Creador, inspirado por quién es Dios (altísimo, omnipotente, buen soberano), por lo que creó para nuestro beneficio (el sol, la luna, el agua, el fuego... incluida la Hermana Muerte), y por las maravillas inimaginables que Dios tiene reservadas para quienes perdonan a su prójimo por amor a Dios y mueren en gracia.

En el cielo, la actividad principal será alabar a Dios.

Para hacer una comparación simplista, una pareja de recién casados se va de luna de miel después de su boda. Van a una isla lejana, famosa por sus atractivos naturales. Descubren muchas cosas nuevas que les fascinan. Pero lo que más les importa y les satisface es estar juntos, conocerse y disfrutarse. Desean que esa "luna de miel" nunca termine... En el Cielo, uno nunca dejará de "disfrutar lo bueno que es el Señor".

*68 y nunca dejará de alabar: *"Oh Dios, mi Rey, yo te exaltaré y bendeciré tu nombre eternamente y para siempre."*: Así se expresó David. *69 "Por los siglos de los siglos": más que esto ...

"Te amo, Dios mío, y sólo deseo en el cielo tener la dicha de amarte perfectamente": Así rezaba el Santo Cura de Ars (Juan María Vianney, 1859-1925).

Apéndice

1. El sermón recurrente de San Francisco
2. El engaño del evolucionismo
3. Francisco: ¿Hermano universal?
El malentendido del pacifismo de San Francisco
4. Los pecados mortales
5. “¿Por qué nosotros?” El enigma del mal en el mundo

1. El “sermón recurrente” de San Francisco

Y esta o una exhortación y alabanza semejante la pueden anunciar todos mis hermanos, cuando les plazca, a toda categoría de hombres, con la bendición de Dios:

Temed y honrad,
alabad y bendecid,
dad gracias y adorad
el Señor Dios Todopoderoso
en Trinidad y Unidad,
Padre e Hijo y Espíritu Santo,
creador de todas las cosas.
Haced penitencia,
Producid frutos dignos de penitencia,
porque pronto moriremos.
Dad y se os dará.
Perdonad y seréis perdonados;
Y si no perdonáis a los hombres sus ofensas,
el Señor no os perdonará vuestros pecados.
Confesad todos vuestros pecados.
Bienaventurados los que mueren en penitencia,
porque ellos estarán en el reino de los cielos.
¡Ay de aquellos que no mueran en penitencia,
porque serán hijos del diablo
cuyas obras hacen,
e irán al fuego eterno.
Cuídense y absténganse de todo mal
y continúen en el bien hasta el final.

(Fuentes Franciscanas, 55)

2. El engaño del evolucionismo

*"Dios creó al hombre (a nosotros los humanos) a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó. Dios los bendijo y les dijo: "Sean fecundos y multiplíquense..." **69.1

En 1859 el naturalista y biólogo británico Charles Darwin, de ascendencia masónica (¡mira eso!), publicó **"El origen de las especies"**, formulando su absurda teoría de la evolución, que ha tenido un enorme éxito a pesar de su inexistente base científica: una teoría al fin y al cabo, aunque ha sido y es ampliamente propuesta como una realidad establecida a las jóvenes generaciones de estudiantes, con la desastrosa consecuencia de alejarlos cada vez más de la fe en Dios y en Su Palabra eterna y eternamente verdadera: la Biblia.

Me mantengo alejado de una exploración puramente científica de esta teoría, que se está desmoronando gradualmente.

Tendríamos que mencionar la entropía u otras leyes físicas incontrovertibles, el impacto de los avances genéticos actuales, etc. Simplemente señalaré un hecho que me parece casi cómico: los evolucionistas acérrimos, al sostener que los aminoácidos necesarios para formar la primera proteína se combinaron aleatoriamente, se topan con tantas dificultades estadísticas que trasladan la cuestión del surgimiento de la vida en la Tierra a la hipótesis de que las primeras formas de vida surgieron de... ¡otro planeta! Pero la Palabra de Dios me advierte: *"Evita la charla vacía y perversa y las objeciones de la llamada ciencia".* *69.2 Me parece más útil preguntarnos por qué la teoría de la evolución ha tenido tanto éxito, hasta el punto de que en todo el mundo se celebra el 15 de febrero como *Día de Darwin*, para conmemorar el nacimiento del famoso científico, a quien muchos consideran el padre de la ciencia moderna (¿y el cristiano-católico Galileo Galilei?).

Para entender mejor esto *¿Por qué?* un salmo de las Sagradas Escrituras es sumamente esclarecedor: el segundo, el salmo que describe la rebelión global del mundo contra Dios y su Hijo, enviado a esta tierra para salvarnos. Dice: *¿Por qué conspiran las naciones, por qué los pueblos traman en vano? Los reyes de la tierra se alzan, y los principes conspiran juntos contra el Señor y contra su Mesías: «Rompamos sus cadenas, despojémonos de sus ataduras».* *69.3

Ahora bien, la presencia de tantas y tan hermosas criaturas en el mundo, que hizo estallar a San Francisco en un cántico de alabanza a Dios, crea vergüenza en quienes han decidido que Dios no existe: el necio del que habla la Biblia, que "piensa: *"No hay Dios"*" *70.

Y hay muchos de estos "tontos" por todo el mundo. Unidos en una especie de religión, con sus ídolos (científicos, precisamente: como Darwin) y sus dogmas: Dios no existe, lo sobrenatural no existe, no debe existir. Y cuando la intervención divina se manifiesta claramente, como por ejemplo en los milagros realizados por los santos a lo largo de los siglos, o con las diversas apariciones de María, hay que encontrar algún pretexto falso (aunque sea obviamente...especioso) para negar su autenticidad.

Al afirmar firmemente que la teoría de la evolución es un engaño malicioso, no pretendo ser arrogante ni insultar la fe de los evolucionistas. Simplemente me baso en las palabras de las Sagradas Escrituras, y especialmente en las de Cristo Resucitado, quien en el Evangelio cita el Génesis como la Palabra autorizada de Dios. Y reconozco que hablo desde mi fe, por la cual doy gracias a Dios. Fe contra fe, pues. "Pero yo sé en quién creí". *71: en el Resucitado, Jesús, que resucitó para demostrar su origen y su misión divina en favor de nosotros los incrédulos...

Respondiendo a los fariseos, que buscaban en la Biblia un pretexto para sentirse autorizados a conceder divorcios fáciles, Jesús citó el libro del Génesis: "¿No habéis leído que el Creador desde el principio los hizo varón y mujer?" *72

Así que el Libro del Génesis tiene autenticación divina. Y en el Génesis está escrito:

"Dijo Dios: «Verdeé la tierra hierba verde que engendre semilla, y árboles frutales que den fruto **según su especie** y que lleven semilla sobre la tierra». Y así fue. La tierra brotó hierba verde que engendraba semilla **según su especie**, y árboles que daban fruto y llevaban semilla **según su especie**. Y Dios vio que era bueno."

Dijo Dios: «Pululen las aguas un pulular de vivientes, y pájaros vuelen sobre la tierra frente a la bóveda del cielo». Y creó Dios los cetáceos y los vivientes que se deslizan y que el agua hizo pulular **según sus especies**, y las aves aladas **según sus especies**. Y vio Dios que era bueno.

Y Dios los bendijo, diciendo: «Cread, multiplicaos, llenad las aguas del mar; que las aves se multipliquen en la tierra.»

Pasó una tarde, pasó una mañana: el día quinto. Y dijo Dios: «Producza la tierra vivientes según **sus especies**: animales domésticos, reptiles y fieras **según sus especies**.»

Y así fue. El hizo Dios las fieras **según sus especies**, los animales domésticos **según sus especies** y los reptiles **según sus especies**. Y vio Dios que era bueno. *73

Para excluir a Dios de la escena de este mundo, los evolucionistas aducen razones pseudocientíficas increíbles, casi patéticas.

Pero igualmente patéticos son los intentos de quienes, como el filósofo y paleontólogo francés Pierre Teilhard de Chardin, sacerdote jesuita, en la primera mitad del siglo pasado intentaron reconciliar lo irreconciliable: una ciencia esclavizada y al servicio de los incrédulos, y la eterna y eternamente verdadera Palabra de Dios.

A los saduceos que negaban la inmortalidad del alma y la resurrección de los muertos, Jesús dijo: *Estáis engañados, sin conocer las Escrituras ni el poder de Dios.* *74

Lo mismo ocurre con aquellos que quieren creer en el engañoso cuento de hadas del evolucionismo.

3. Francisco: ¿Hermano universal?

El malentendido del pacifismo de San Francisco

"Hermano universal" es el último atributo que se le ha dado a Francisco. Pero aquí es necesaria una aclaración (o más bien, un "desenmascaramiento") respecto a quienes persisten en buscar la paz entre los hombres, no solo ignorando a Cristo, el "Príncipe de la Paz", sino también manipulando la figura de San Francisco para su propio beneficio, para ponerlo a su propio lado y convertirlo en un defensor de la fraternidad universal y el pacifismo.

El concepto de "fraternidad universal" no pertenece a la tradición de la Iglesia, no se encuentra en las Sagradas Escrituras y no estaba en San Francisco. Aunque San Francisco fue de alguna manera arrastrado, casi forzado, a esta visión del mundo más masónica que bíblica.

De hecho, la tercera encíclica del Papa Bergoglio, "Todos hermanos", firmada en Asís ante la tumba del santo el 3 de octubre de 2020, comienza así: "*Todos hermanos*", escribió san Francisco de Asís para dirigirse a todos sus hermanos y hermanas y proponerles un estilo de vida con sabor evangélico....

Pero, un momento, debemos preguntarnos: ¿A quién dirigía San Francisco estas palabras? ¿A todos los pueblos de la tierra? Gracias a Dios, tenemos un valioso manual que documenta lo que San Francisco realmente pensó, predicó y practicó. Estos son las *Fuentes Franciscanas*, una valiosa colección de escritos y biografías de San Francisco de Asís, publicada en 1986, de fácil acceso incluso para quienes no conocen la literatura franciscana (véase también, al final del libro, la introducción a las «Referencias»).

Descubrimos así que la expresión «todos hermanos » se repite en la sexta de las 28 admoniciones dirigidas por San Francisco a sus frailes. La admonición dice lo siguiente: "*Miremos atentamente, hermanos, al buen pastor que soportó la pasión de la cruz para salvar a sus ovejas. Las ovejas del Señor lo siguieron en medio de la tribulación y la persecución, la vergüenza y el hambre, la enfermedad y la tentación, y otras situaciones similares; y a cambio recibieron del Señor la vida eterna. Por lo tanto, es una gran vergüenza para nosotros, siervos de Dios, que los santos hayan realizado estas obras, iy deseamos recibir gloria y honor simplemente contándolas!*" *75 (Aquí hay que notar, entre otras cosas, la humildad sin igual de San Francisco, al contarse entre aquellos que exaltan a los santos pero los imitan tan poco).

Pero es evidente que, con la expresión "*todos hermanos*", Francisco se dirige a sus hermanos, "*hermanos*", frailes, unidos por una elección de vida siguiendo a Cristo: por eso se ha citado indebidamente en apoyo de una concepción ideológica, la de la fraternidad universal, que más bien proviene del trinomio libertad, igualdad, *fraternidad* de la Revolución Francesa.

"*Hermanos todos*" se ha convertido en el nuevo mantra, el nuevo lema de la Iglesia, repetido incesantemente —y sin crítica alguna— en todos los ámbitos y ocasiones. Ante la evidente interdependencia de la humanidad en nuestro mundo cada vez más globalizado, pero también cada vez más vulnerable, la Iglesia ha enfatizado la necesidad de que todos se sientan hermanos y hermanas: una utopía romántica, contradicha no solo por la evidencia de los hechos, sino por la propia Palabra de Dios: véase, por ejemplo, la parábola del trigo y la "cizaña", la maleza que amenaza el crecimiento y desarrollo de las plantas de trigo.

En realidad, el concepto de fraternidad universal está muy alejado del verdadero mensaje del verdadero San Francisco, que era ante todo la penitencia, a la que el Santo llamaba a todos, grandes y comunes, porque... ¡todos pecadores!

Mirando de cerca, en la séptima *alabanza* de su Cántico, Francisco no alaba al Señor por su "hermano hombre" ni por su "hermana humanidad". No alaba a la humanidad por si misma, aunque es la cumbre de la creación y, en última instancia, la razón última por la que Dios creó todo lo bello que nos rodea (sí, el sol, la luna, las estrellas, el agua y el fuego... ¡Dios creó todo esto precisamente para nosotros!). En realidad, Francisco alaba al Señor solo por un cierto segmento de la humanidad, compuesto por quienes perdonan a su prójimo y soportan con serenidad las diversas aflicciones de la vida: *Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor y soportan la enfermedad y la tribulación...*

La bienaventuranza que nos relata el evangelista Mateo: "*Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.*" *76, Francisco la comenta así, entendiendo por "pacificadores" a los "pacíficos": "*Los verdaderos pacificadores son aquellos que, en todas las adversidades que padecen en este mundo, por amor de nuestro Señor Jesucristo, mantienen la paz en el alma y en el cuerpo.*"*77.

Un comentario que parece decepcionante, dado el compromiso con la paz de muchas organizaciones que ven a Francisco como portavoz de sus propias buenas intenciones. Sin embargo, lo que Francisco escribió es una verdadera demostración de cómo veía el asunto. Y las profecías de Marcello Ciai, el "profeta" de Asís, recogen esta recriminación del Señor: *"Hablamos de paz, buscamos la paz, pero la gente ya ni siquiera sabe qué es. Solo yo puedo dar paz; pero ya nadie encuentra ese tesoro escondido en el campo, porque nadie quiere renunciar a él y todos quieren tenerlo. Así que cada día está lleno de malas noticias..."**77.1 No por casualidad el saludo de Francisco fue: *"¡Que el Señor te conceda paz!"* Así recordaba a todos que sólo del Señor Jesús, y de una verdadera conversión a Él, podemos obtener la verdadera paz...

4. Los pecados mortales

"¡Ay de los que mueren en pecado mortal!" Pero ¿qué son los "pecados mortales"?

San Francisco era todo, menos el trovador despreocupado y alegre que tantos franciscanos compiten por vendernos.

Es cierto que atraía a sus oyentes proponiendo la bienaventuranza eterna reservada en el cielo para quienes se convierten y hacen penitencia (*Tan grande es el bien que espero, que cada dolor es un deleite para mí*, lo repetía con frecuencia). Pero es igualmente cierto que, como fiel intérprete y propagador del mensaje apostólico, advertía severamente a todos sobre los sufrimientos eternos que los impenitentes tendrán que sufrir en el infierno.

En última instancia, se mantuvo en línea con la predicación de los apóstoles, como la resume el apóstol Pablo: "Porque para Dios nosotros somos el aroma de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden. Para estos somos olor de muerte que los lleva a la muerte; para aquellos, olor de vida que los lleva a la vida."⁷⁸.

Entonces, sobre la muerte *de la cual ningún hombre vivo puede escapar*, por lo que también Francisco alaba al Señor, llegando a llamarla "*hermana*", Francisco advierte inmediatamente del peligro de que esa muerte nos encuentre en estado de pecado mortal. Pero ¿en qué consisten estos pecados mortales, de los que Francisco habla con tanta facilidad en su Cántico (y de los que muchos sacerdotes ya no hablan)?

De alguna reminiscencia de lo que *una vez* aprendíamos en el Catecismo, sabemos que estos son pecados graves cometidos con plena conciencia. Pero ¿cómo podemos decir que cierto pecado es grave, si hoy en día el concepto mismo de pecado está tan alejado incluso de la mente de muchos cristianos? Hoy, la tendencia casi imparable y sutil de muchos en la Iglesia es dejar de ver el pecado en un sentido teológico, como un ultraje que merece castigo contra un Dios tres veces santo, un Dios que llegó al extremo de que su único Hijo muriera en la cruz precisamente por nuestros pecados, como recitamos un tanto distraídos en el Credo dominical. La tendencia hoy es ver el pecado sólo en un sentido sociológico, es decir, como algo que va en contra de lo *politically correct*, compromete el medio ambiente, o algo más. Tomemos un ejemplo. Hoy, bajo el alto patrocinio de la ONU, se extiende por todo el mundo la diabólica "Teoría de Género", surgida de una de las Conferencias Mundiales sobre la Mujer promovidas por las Naciones Unidas, celebrada en Pekín en 1995. El guión es siempre el mismo, lo que ha llevado, por ejemplo, a la legalización (y facilitación) del aborto.

Con el pretexto de proteger unos pocos casos extremos, terminamos extendiendo a todos el derecho y la libertad de gestionar su sexualidad como deseen.

¿Y Dios? Dios nos creó varón y mujer, y en su Palabra condena la homosexualidad masculina y femenina ^{*79.}

Pero en el debate a favor y en contra de la teoría de Género, la mayoría de las personas no se molestan en destacar lo que está escrito al respecto en la Biblia (a Satanás que lo tentó con sus sutiles argumentos, Jesús le opuso el *Está escrito*, citando pasajes de las Sagradas Escrituras ^{*80}).

La misma Iglesia, que en otro tiempo clasificaba sin rodeos los pecados contra la naturaleza entre aquellos pecados que claman venganza ante los ojos de Dios, hoy evade el tema y ya no dice que claman venganza, sino simplemente: *claman*. Tanto es así ...

Otro de esos cuatro pecados particularmente graves y que aborrecen a Dios es el homicidio voluntario, lamentablemente practicado con tanta ligereza por muchas mujeres que deciden abortar.

La homosexualidad, el aborto... pero estos no son los únicos pecados mortales. "Quién tiene oídos para oír ... (Así se expresaba a menudo Jesús), la Biblia enumera toda una serie de pecados "mortales". Mortales no en el sentido de que causan la muerte física, como lamentablemente suele ocurrir a quienes se dejan dominar por vicios como la bebida, el tabaco, las drogas... Sino en el sentido de que conducen a la inmensamente más grave muerte eterna: el infierno, la *segunda muerte* donde nunca dejas de morir.

Para advertir a quienes se engañan a sí mismos y a los demás al pecar tan levemente al seguir la nueva moral de "eso es lo que todos hacen", a menudo cito una severa advertencia que aparece en una de las Cartas del Nuevo Testamento: *¿No saben que los injustos no heredarán el reino de Dios? No se dejen engañar: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adulteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios.*

^{*81.}

Y el que no hereda el reino de Dios, hereda el reino de las tinieblas, es decir, acaba en el infierno.

Francisco, por tanto, incluso en su maravilloso y soleado Cántico de las criaturas, no deja de hablar de estas cosas: no deja, en último término, de expresarse como *católico*. No se limita a profetizar la bienaventuranza que espera a quienes, por amor a Dios, perdonan a los demás y sufren toda clase de tribulaciones en paz. Sino que también predice las desgracias que aguardan en el infierno a quienes mueren “en pecados mortales”, por pecadores impenitentes, que no confiesan, reniegan y abandonan sus pecados, subestimando o incluso despreciando lo que Dios ha hecho por nosotros al enviar a su único, amado, precioso y divino Hijo a sufrir en la cruz todos los sufrimientos del mundo ...

5. “¿Por qué nosotros?” (El enigma del mal en el mundo)

Si el Libro de Job aborda el problema del sufrimiento y el mal en su dimensión individual, otro libro de las Sagradas Escrituras, la Carta del Apóstol Pablo a los Romanos, amplía el problema al sufrimiento al que está sometida la humanidad en su conjunto. ¿Por qué la muerte, esta absurda intrusa en un mundo creado “bueno” *82 por un Dios que es bueno, de hecho, un Dios de amor?

Ciertamente no creo poder dar una respuesta exhaustiva, en esta breve sección del libro, a un problema como éste, que, entre otras cosas, en mi juventud contribuyó a alejarme de la fe (hasta que hice mía la “madre de todas las buenas noticias”: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”*) *83.

Solo digo que para entender cómo funciona el mundo, algunos pasajes de la Biblia son esenciales. Uno de ellos se encuentra en la Carta a los Romanos: *“Por tanto, tal como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado, así también la muerte se extendió a todos los hombres, porque todos pecaron ... por la transgresión de un hombre, por ese mismo hombre reinó la muerte ... por la transgresión de un hombre, la condenación vino a todos los hombres.”* *84

Este *“un hombre”*, por quien el pecado entró en el mundo, y con el pecado la condenación vino a todos los hombres, y la muerte alcanzó a todos los hombres ... Este “*“un hombre”*” se llama “Adán”.

Y aquí la discusión se torna extremadamente difícil, por dos razones.

La primera es que el relato del Génesis sobre el origen del cielo y la tierra y la creación de la primera pareja humana *85 suena casi como una ingenua fábula mesopotámica a nuestros oídos cultos y escépticos.

Venimos después de Darwin, después de Teilhard de Chardin (véase este apéndice). Sobre todo, después de un último Concilio — el Vaticano II — en el que ciertos teólogos de la duda — y de dudosa fidelidad y fe en la Palabra de Dios y la tradición de la Iglesia — compitieron por alejar a los creyentes de una lectura sencilla y confiada de la Santa Biblia.

En el intento de reconstruir las diversas maneras en que Dios nos dio y transmitió su Palabra, la fe en esa misma Palabra se ha debilitado, hasta el punto de ya no estar tan seguros de que Adán y Eva realmente existieron...

Por mi parte, en lugar de involucrarme -y perderme- en tantas elaboraciones y elucubraciones teológicas, me digo:

1. Cristo ha resucitado (irealmente ha resucitado!), demostrando así que es lo que afirmaba ser: *“la verdad, no una verdad ...”*

2. En el ejemplo ya dado acerca del engaño del evolucionismo, Jesús se opone a los fariseos que intentaban arrastrarlo a la cuestión de la legalidad del divorcio citando el relato de la creación en Génesis como verdadero y autenticándolo como confiable y digno de creencia. *“¿No han leído que quien los creó desde el principio los hizo varón y mujer, y dijo: «Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne?»?”* Así que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. *86.

3. Así que puedo leer en la Carta a los Romanos que, mediante la caída de un hombre, el pecado, la condenación y la muerte se extendieron a toda la humanidad a lo largo del tiempo, identificando con certeza a ese “*“un hombre”*” como Adán. Hablamos de una persona que realmente existió y de cosas que realmente sucedieron...

Pero, una vez que reconocemos la inmensa “catástrofe humanitaria” causada por el pecado de Adán, causa de todos los males del mundo, surge otra dificultad. ¿Por qué debo pagar por el pecado de mis ancestros? ¿Por qué esa enfermedad, que puede llevarte a la muerte? ¿Y por qué la muerte?

Aquí la Palabra de Dios nos sorprende verdaderamente. Pone en escena a otro “*“un hombre”*” y lo que este hombre hizo. Pero leamos: “si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo, se han derramado en abundancia sobre todos los hombres” *87. *“Por tanto, así como por la transgresión de un solo hombre vino la condenación a todos los hombres, así también por la justicia de uno solo vino la justificación de vida a todos los hombres. Así como por la desobediencia de un solo hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo los muchos serán constituidos justos.”* *88

Para nosotros, este razonamiento es demasiado difícil, siendo atrapados en nuestro individualismo irreductible, tan reacios a reconocer nuestras culpas, y mucho menos a rebelarnos contra la idea de que estamos pagando —con enfermedades y muertes, guerras y desastres naturales— las consecuencias del pecado de nuestros antepasados.

No es justo. Pero, si lo pensamos, tampoco es justo que Cristo, para salvarnos de la condenación —y de la condenación eterna—, cargara con nuestros pecados, con nuestra culpa. Pero en este punto, nuestro cuestionamiento da paso a la adoración y la alabanza: “*¡Oh, la profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!*” *89.

Invitado a hablar en un congreso en Madrid en 2019, y siendo de Asís, donde estoy desde hace 43 años con mi comunidad “Familias de Belén”, pensé en hablar sobre el Cántico de las Criaturas de San Francisco, inspirándome en esta obra maestra del Santo de Asís para explorar temas de gran actualidad y relevancia. La conferencia fue cancelada debido al Covid y me desviaron a hablar con algunos sacerdotes en Valencia, también en España.

Pero para entonces ya había empezado a escribir mi propio Comentario del Cántico. A menudo, por la mañana, repetía de memoria este maravilloso Cántico a Marcello Ezechiele, mi guía espiritual y fundador de la Comunidad: un verdadero profeta a quien tuve la fortuna de conocer hace muchos años, y a quien debo mi regreso, por la gracia de Dios, a la Iglesia Católica.

Marcello, quien falleció a principios de 2022, ya no era ciego en ese momento y, a través de las palabras del Cantar de los Cantares, quería ayudarlo de alguna manera a ver y saborear las maravillas de la Creación.

Mientras tanto, seguí recopilando notas y reflexiones sobre el Cántico, pero cuanto más escribía, más me enredaba —debo decir que gratamente— en él. Las ideas y reflexiones que surgían de ellas se abrían ante mí en una cascada interminable.

Así nació este libro, que considero incompleto, sobre todo en su parte más relevante, que trata de la “enfermedad y la tribulación”: cómo afrontar las enfermedades y los sufrimientos de la vida, y la propia “hermana muerte”...

Soy consciente de que se podrían añadir muchas cosas más e importantes. Y confieso que aún estoy lejos de vivir con coherencia el enfoque revolucionario de San Francisco sobre lo que nos hace sufrir y entristece nuestras vidas. Pero quién sabe si lo que escribí, incluso en su estado incompleto, todavía puede ser de ayuda para alguien para vivir “*en paz*” las difíciles condiciones de vida y los tiempos difíciles que estamos atravesando.

Siento, por experiencia propia al escribir este libro, que el Cántico de San Francisco es una poderosa ayuda para no desanimarnos ante todo lo que nos rodea. Y es también una ayuda igualmente poderosa para no perder el rumbo de nuestra fe católica y de la Iglesia.

Una Iglesia que, al comprometerse y querer dialogar con un mundo cada vez más intolerante al Evangelio de Cristo, corre el riesgo de perder su esencia y convertirse, de “sal de la tierra”, en sal insípida.

Pero nuestros cimientos son sólidos e inamovibles: “Sus cimientos están sobre los montes santos”, está escrito *90.

¡Y cuántos santos antes de nosotros nos guian, nos inspiran y nos ayudan a no desviarnos! Como San Francisco...

Al decidir publicar el libro de todos modos el 4 de octubre de 2023, festividad de San Francisco, me consuela pensar que en el futuro podría producir más ediciones, ampliadas, revisadas y corregidas. A menos que el Señor regrese primero. O que hermana muerte ...

Pero mientras tanto, al publicar estas reflexiones sobre el Cántico de las Criaturas, me siento obligado a compartir con quienes han tenido la amabilidad y la paciencia de leer el libro, una recomendación que hago a los numerosos peregrinos y turistas que encuentro en Asís. Una especie de manual de usuario del Cántico.

El Cántico de las Criaturas es esencialmente una oración, una de las más elevadas, porque es una oración de alabanza a Dios. Como todas las oraciones, debe ser “rezada”, y cuanto más se reza, más se comprende, más se capta y se eleva.

Reza el Cántico. Medita en él mientras lo rezas. Al menos una vez al día. Todos los días.

Dedícale el momento más tranquilo de tu día. Solo 5 minutos. Al día. Todos los días. Y verás...

PAG. 1 (RIFERIMENTI)

En las citas bíblicas, las Cartas de San Pablo se citan simplemente haciendo referencia a su destinatario, implicando que el autor es el Apóstol.

Ej.: Carta a los Efesios, es decir: carta dirigida por San Pablo a los cristianos de Éfeso.

Las demás cartas del Nuevo Testamento se identifican por el nombre de su autor; por ejemplo, la Primera Carta de San Pedro, la Segunda Carta de Juan, etc. La excepción es la Carta a los Hebreos, de autoría incierta, dirigida a cristianos de origen judío.

Los siguientes números se refieren a un capítulo y versículos relacionados del libro citado. Las citas relativas a los escritos y diversas biografías de San Francisco se refieren a las «Fuentes Franciscanas» (FF), una obra indispensable para quien deseé profundizar en el conocimiento del «verdadero» San Francisco. La primera edición de las Fuentes Franciscanas data de 1977; incluye los escritos de San Francisco y diversas biografías sobre él, así como crónicas y testimonios del primer siglo franciscano.

El libro está estructurado en 3399 párrafos, lo que facilita su consulta, en parte gracias a sus numerosos índices, que incluyen nombres de personas, topónimos y temas tratados. Por ejemplo, el sermón de San Francisco a los pájaros en las marismas venecianas mencionado en este libro, se encuentra en las Fuentes Franciscanas, número 1154, que recoge el episodio tal como lo relata San Buenaventura en el octavo capítulo de su «Leyenda Mayor», adoptada por los franciscanos como la biografía «oficial» de San Francisco. (En relación con esta y otras biografías de San Francisco, lamentablemente, esa «leyenda» puede confundir al lector inexperto en la finura lingüística. No se refiere a leyendas cuya veracidad esté por determinar. Al contrario, a cosas que «valen la pena leer», precisamente porque sucedieron).

Para evitar dificultar la lectura, las distintas referencias se indican en el texto mediante un asterisco seguido de un número progresivo, y se explican capítulo por capítulo en esta sección.

Capítulo 1 *Ascenso al Cántico de las Criaturas*

- * 1 Primera Carta a los Corintios 2:9
- * 2 Proverbios 15:15

Capítulo 2 *Altísimo Todopoderoso Buen Señor*

- * 3 Salmo 10:4-5
- * 4 Primera Carta a Timoteo 2:4
- * 5 Nehemías 8:10

Capítulo 3 *Alabado seas ...*

- * 6 Carta a los Romanos 1:20,25
- * 7 Génesis 3:8
- * 8 Tomás de Celano, Vita Prima, FF 425
- * 9 Salmo 146:9
- * 10 Salmo 103:21
- * 11 Salmo 144:9, 15-16
- * 12 Salmo 18:2
- * 13 Salmo 95:11-13
- * 14 Salmo 97:8
- * 15 “La primavera brilla en el aire por todas partes y alegra tanto los campos que su visión ablanda el corazón”, escribió Leopardi en *El gorrión solitario* (Cantares, 1835)
- * 16 Evangelio según Mateo 18:3
- * 17 Génesis 15:5
- * 18 Eclesiástico, 43:32
- * 19 Génesis 1:26-27
- * 20 Génesis 1:28
- * 21 Segunda Carta a los Corintios 6:10
- * 22 Carta a los Colosenses 1:16
- * 23 Evangelio según Mateo 26,53
- * 24 Daniel 7:10
- * 25 “El Profeta de Asís”, edición IACA, página 24

Capítulo 6 *Hermano envejecimiento*

- * 28.1 Evangelio de Mateo 24:6
- * 28.2 *Días felices* (Happy days) es el título de una exitosa serie TV que se emitió en la televisión estadounidense durante 10 años: evocaba los tiempos despreocupados – los días felices, en realidad – de la sociedad estadounidense y en particular de los jóvenes, entre los años 1950 y 1960.
- * 28.3 Salmo 33:9
- * 28.4 Salmo 72:23-24
- * 29 Evangelio según Lucas 23,27-28
- * 30 Evangelio según Lucas 23,26
- * 31 Carta a Filemón.
- * 32 Véase la nota sobre la Carta a Filemón, v. 9, de la edición de la Biblia de 1974 CEI.
- * 33 Hechos de los Apóstoles capítulo 7

* 34 Segunda carta a los Corintios 4:16-17

* 35 Segunda Carta a los Corintios 5:2 “*En este estado nuestro*” Se trata de una traducción libre del texto original, que en realidad es “*en esta carpa*”. Pablo, quien antes de su conversión fabricaba carpas (Hechos 18:3), utiliza a menudo la analogía entre nuestro cuerpo y una carpa en sus escritos. Pero en otro lugar —véase el capítulo 5— se refiere al cuerpo con su término específico, que en griego es «soma» (una palabra que se ha convertido en la expresión «animal de carga»).

De hecho, a medida que pasaban los años, el Apóstol -y no sólo él- sentía su cuerpo como una carga: “*Porque nosotros que estamos en esta carpa, gemimos como agobiados ...*” (v4)

* 36 Segunda Carta a Timoteo 4:6-8

* 37 Carta a los Filipenses 1:21

* 38 Carta a los Romanos 8:35-39

* 38,1 FF 1615

Capítulo 7 *Hermana enfermedad*

* 39 Primera Carta de Juan 2:25

* 40 Evangelio de Juan 6:67

* 41 Job 38:1

* 42 Job 38:4

* 43 Job 40:15-23

* 44 Job 40:4-5

* 45 “*Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna*” recitamos en el Credo de los Apóstoles, la fórmula de fe más antigua de la Iglesia, adoptada en la liturgia especialmente durante el tiempo de Cuaresma y de Pascua; en el resto del año, decimos en cambio (Credo Niceno-Constantinopolitano): “*Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero*”.

* 46 Salmo 22:4

* 47 Jeremías 17:5

* 47.1 Eclesiástico 2:18

* 48 Carta de Santiago 5:14-16

* 49 (véase p. ej. Evangelio de Marcos 10:52)

* 50 Primera carta a los Corintios 12:9

* 51 Evangelio de Lucas 18:8

* 52 Evangelio de Mateo 4:23-24

* 53 Evangelio de Juan 12:10-11

- * 54 Apocalipsis de Juan 21:4
- * 55 Evangelio de Mateo 6:27
- * 56 Salmo 138:16

Capítulo 8 *Nuestra hermana muerte*

* 57 Jesús dijo: “*En el mundo tendréis tribulaciones; pero confiad: yo he vencido al mundo*”. (Evangelio de Juan 16:33): y está escrito “*Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos*” (Segunda Carta a Timoteo 3:12)

* 58 Primera Carta a los Tesalonicenses 1:9-10

* 59 Segunda Carta de Pedro 3:12

* 60 *Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.* (Segunda Carta a los Corintios 5:10)

* 61.1 Corintios 2:9 “*Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman*”.

* 62 Fuentes franciscanas 210-213

* 62.1 Sabiduría 1:14

* 62.2 Génesis 3

* 63 Evangelio de Juan 5:28-29

* 64 *E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida.* Evangelio de Mateo 25:46

* 65 Evangelio de Lucas 23:42

* 66 Evangelio de Lucas 23:46

Capítulo 9 *¡Alaben y den gracias!*

* 67 Carta a los Romanos, 1:21

* 68 Salmo 33:9

* 69 Salmo 144:1

Apéndices

- * 69.1 Génesis 1:27-28
- * 69:2 Primera Carta a Timoteo 6:20
- * 69.3 Salmo 2: 1-3
- * 70 Salmo 13:1
- * 71 Segunda Carta a Timoteo 1:12
- * 72 Evangelio de Mateo 19:4; la cita está en Génesis 1:27
- * 73 Génesis 1: 11-12; 20-25
- * 74 Evangelio de Mateo 22:29
- * 75 FF 1559
- * 76 Evangelio de Mateo 5:9
- * 77 FF164
- * 77.1 “El Profeta de Asís”, edición IACA, página 25
- * 78 Segunda Carta a los Corintios 2:15-16
- * 79 Véase por ejemplo Levítico 18:22; Romanos 1:26-27; 1 Corintios 5:9-10. Evangelio de Mateo 4:4,7,10
- * 81 Véase la ya citada Primera Carta a los Corintios 5:9-10
- * 82 Génesis 1:12,18,25,31
- * 83 Evangelio de Juan 3:16
- * 84 Carta a los Romanos 5:12,17,18
- * 85 Génesis 1:1-25;26-28
- * 86 Evangelio de Mateo 19:3-6
- * 87 Carta a los Romanos 5:15
- * 88 Carta a los Romanos 5:18-19
- * 89 Carta a los Romanos 11:33

Este libro

- * 90 Salmo 86:1

En memoria de Marcello Ezechiele Ciai, Profeta en Asís

"El testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía" (Apocalipsis 20:10)

"Mete tu hoz y siega; la hora de segar ha llegado" (Apocalipsis 14:15)

"Él (Jesús) ... recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará" (Evangelio de San Matéo 3:12)